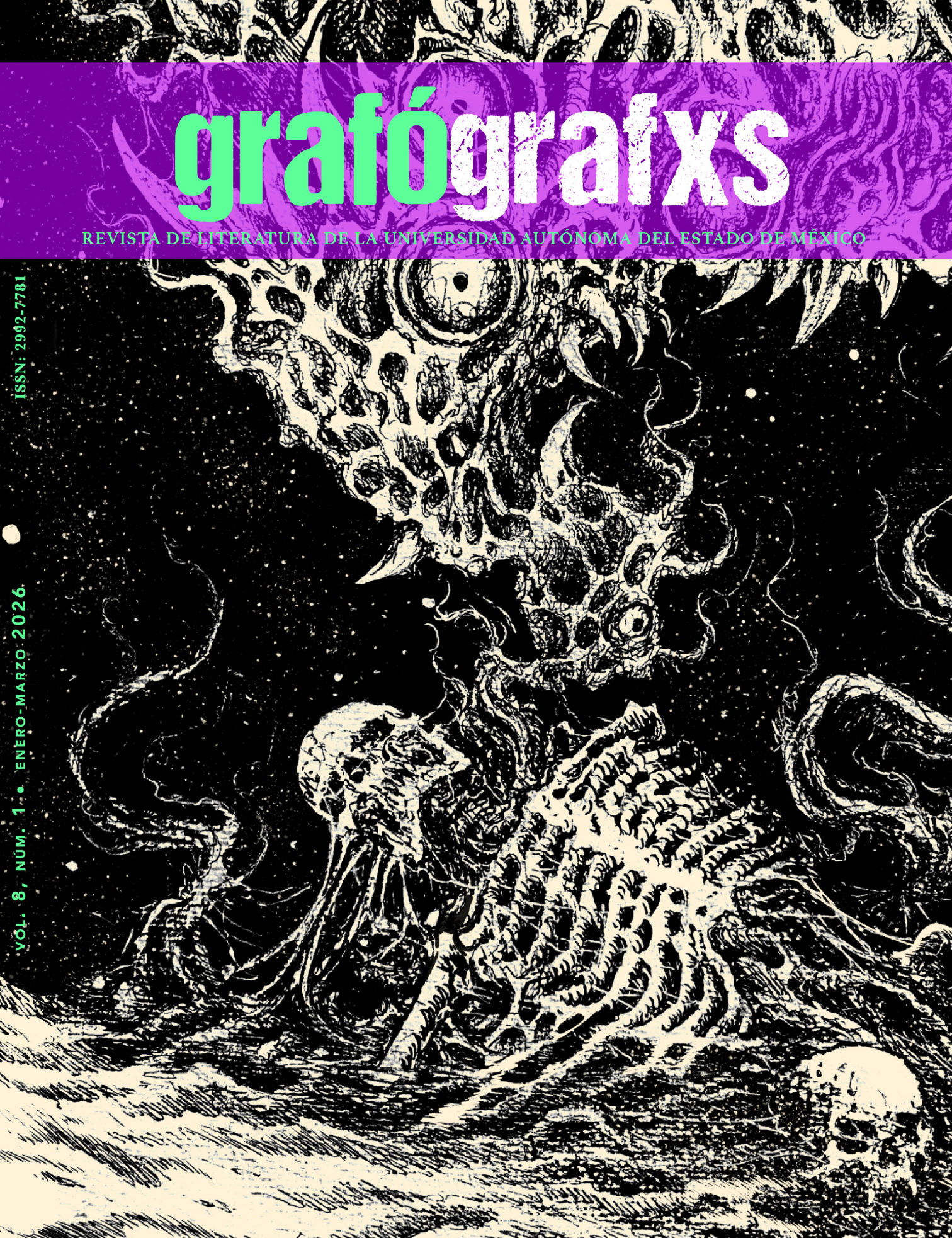
grafógrafxs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

ISSN: 2992-7781

VOL. 8, NÚM. 1 • ENERO-MARZO 2026.





las poetas de

Entrevistas exclusivas

grafógrafxs

en nuestro canal de
YouTube:
Grafógrafxs UAEM

¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

• *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
• La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
• Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección "Reseñas" de la revista.
• Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
• *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
• La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
• Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
• Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

> **Claudia L. Gutiérrez Piña** (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de* El grafógrafo *y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

• En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 ,2018 pp.

• La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
• Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de* El grafógrafo *y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), "Tres sonetos", *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.

Universidad Autónoma del Estado de México

Rectora
Martha Patricia Zarza Delgado
Doctora en Ciencias Sociales

Secretario Académico
Francisco Herrera Tapia
Doctor en Ciencias Agropecuarias y Recursos Naturales

Secretario de Gobernanza Universitaria
Jorge Alejandro Vásquez Caicedo
Doctor en Ciencias Sociales

Secretaria de Identidad y Cultura
Cynthia Ortega Salgado
Doctora en Estudios Latinoamericanos

Directora General de Comunicación Social Universitaria
María Fernanda Valdés Figueroa
Doctora en Diseño

Director de Publicaciones Universitarias
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Doctor en Administración

Grafógrafxs, volumen 8, número 1, enero-marzo de 2026, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: 2992-7781, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.
Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.
Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR
Sergio Ernesto Ríos

JEFA DE REDACCIÓN
Alma Lilia Oria Cerón

DISEÑO
Bettina Montes de Oca Corral

CORRECCIÓN DE ESTILO
Javier González Núñez
Manuel Raymundo Macías Velázquez

COMITÉ EDITORIAL
Carmen Álvarez Lobato
Yanko González
Reynaldo Jiménez
Josely Vianna Baptista
Mónica Nepote
León Plascencia Ñol
Alberto Chimal
Cristina Rivera Garza
Ana Porrúa
Gabriela Torres Olivares
Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO
Claudia Gutiérrez Piña
Maricela Guerrero
Carlos Maldonado
Efraín Velasco
Carlos Vicente Castro
Luis Eduardo García
Juana Adcock
Rodrigo Quijano
Cristian De Nápoli
Agustina Perez
Xitlalitl Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

6 Dos poemas
Jorge Aulicino

9 Al otro lado de la luz (fragmentos)
Daniela Albarrán

22 La paz perpetua
Gabriela Conde Moreno

26 Gestación espiral
Denise Ocaranza

29 Insomnio
Alex Rappozo

32 Cándida, la elefanta
Jesús Humberto Florencia Zaldívar

40 Cinco Poemas del libro *Danza para caballos*
Ana Estaregui

44 Veo el poema como ese ring de disputa
Sergio Ernesto Ríos/Ana Estaregui

56 Cinco poemas del libro *Tarro de miel y otros poemas*
Leonardo Gandolfi

60 Cuatro poemas
Amèlie Martínez

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas, y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general.
Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

CÁMARA LÚCIDA

63 Historias de Pao Chen
Volviendo a las viejas lecturas
Demian Marín

66 Como atrapar un pez
Ahora lo ves, ahora no lo ves
Lolbé González

68 Seikka
Hielo seco, escarcha negra
Daniel Malpikka

71 Bitácora al vuelo
Escribir en casas ajenas
Ismene Venegas

74 Viralata
Como una corza perdida / por los cotos de tus gestos
Sergio Ernesto Ríos

LIBROS Y LECTURAS

77 María Eugenia Rodríguez Parra

80 Silvia Carolina Esquivel Berrios

84 Iliana Olmedo

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*
El Método Goldsmith
Juan Antonio Alfaro

Ilustración en portada y contraportada:
Those who dwell in stellar void
tinta china sobre papel fabriano, A4 21x 29.7 cm. Darkness Revelation.

Dos poemas

Jorge Aulicino

*Sobre los movimientos y hábitos de las plantas trepadoras**

Darwin tuvo un momento de íntimo recogimiento
en 1863 durante una convalecencia. Sólo la
obligada quietud le permitió observar
los zarcillos de los pepinos y cómo buscan
estos enzarzar cualquier objeto a fin de
sostenerse en él y evitar gastos de energías en
construir un tallo grueso y firme
que transportara las hojas hacia la luz.

Esto es, la inteligencia obra con el menor movimiento
y no cree en la pasión de los porotos mágicos
que crecen de sopetón hasta el cielo
como si una planta rastrera lograra, por el ímpetu de
su pasión, llegar a Dios, más allá de las nubes, de
los giros que sólo una cámara
podría grabar paso a paso un siglo después:
el giro objetivista de
los zarcillos de las plantas de pepinos

* *On the Movements and Habits of Climbing Plants*, Charles Darwin, 1865.

en el alféizar de Darwin.
Quien
había visto montañas de conchillas,
desiertos, indios más allá
de lo que consideraba
aceptablemente humano;
cueros secos, tormentas,
glaciares, islas de guano,
tortugas, arrebatos, sífilis,
gusanos,
agujeros de bala,
capitanes tiránicos
envueltos en gabanes
endurecidos por el frío,
y ahora miraba solamente
el movimiento inteligente
de los pepinos.

Memoria fenicia

Hermosos gatos guardan la playa trasera del supermercado.
Se alimentan de ratas y beben agua que les dejan en un plato.
Un ángel de alas embarradas volaba sobre la calle Maza.

Descendió sobre mí y me dijo inefables palabras.
Entendí sin embargo por qué naufragaron cóncavas naos
en el Mediterráneo y otras fueron hundidas a cañonazos.

Jorge Aulicino (Buenos Aires, Argentina, 1949-2025). Trabajó en agencias, revistas y diarios, incluido *Clarín*, donde dirigió la *Revista Cultural Ñ*. Tradujo a Cesare Pavese, Pier Paolo Pasolini, Eugenio Montale, Luciano Erba, Franco Fortini, Antonella Anedda y Biancamaria Frabotta, entre otros autores italianos. En 2012 reunió sus libros de poemas en *Estación Finlandia* (Bajo la Luna). En 2015 apareció su primera versión de la *Divina comedia* (Edhasa). Ese año recibió el Premio Nacional de Poesía. Publicó dos libros de ensayos: en 2021 *Poesía y política* (Dock) y en 2022 *El amor que no perdona* (Seré breve). Recientemente aparecieron los libros de poemas *El hombre con el codo en la ventana* (Barnacle, 2025) y *Revolución, divino tesoro* (Barnacle, 2025) y, en ensayo, *Nada personal. Todo Personal (Obra crítica)* (Barnacle, 2025).

Al otro lado de la luz
(fragmentos)

Daniela Albarrán

1. El final

Apagamos las luces por última vez. Me asomé por la ventana de nuestra habitación, donde vimos envejecer la cartografía de esta ciudad durante cuarenta y cinco años. Una catedral cuyas campanas nunca han dejado de sonar; edificios cada vez más grandes; árboles y parques que desaparecen con más prisa. Y el volcán que, hace al menos dos décadas, ha dejado de tener esa capa blanca que lo caracterizaba en los meses de enero y diciembre.

Me acosté sobre la cama cubierta por las últimas sábanas que pudimos comprar. Roídas, y manchadas de humedad. Recordé que alguna vez fueron color crema, un color claro. Como todos los otros muebles que fuimos comprando cuando recién nos mudamos. En ese entonces, se decía que los colores estaban desapareciendo; las casas, las tiendas, y todo lo que estaba de moda en temas de decoración, eran colores blancos, beige, grises o negros. Yo que era adicta al TikTok y me dejaba llevar por la mercadotecnia, disfrutaba el silencio de la ausencia del color; la tranquilidad que me daba no tener texturas en los muebles y telas que teníamos. Un minimalismo extraño: no se trataba de tener poco, sino que lo poco que se tenía fuera liso e incoloro. Y así eran estas sábanas, aunque poco a poco fueron perdiendo su calidad de liso y comenzaron a tener otras tonalidades: visualmente eran estériles, como todo lo demás.

La cama aún seguía cómoda, no recuerdo cuándo fue la última vez que cambiamos el colchón, pero todavía podía sentir lo mullido debajo de mi cuerpo cada vez que me acostaba sobre ella. Me acosté a su lado, y observé que aún su pecho respiraba; desde hace más de tres años Eduardo pasaba cada vez más tiempo acostado. Hacía calor. Siempre hacía calor aquí, estábamos a 45 grados, eso es mucho, pensé, quizá está atrofiado como todo lo que tenemos en casa. La ciudad hace algunas décadas, era la más fría del país. Pero este 31 de diciembre de 2075 la temperatura había aumentado tres grados comparado con el año anterior; según la nota que escuché por la mañana en las noticias, se estima que cada año, subirá al menos dos grados. Qué bueno que no tuve hijos, pensé. Al menos este será el último día que sentiría este calor. Volteé a ver el rostro de Eduardo, tenía gotas de sudor en la frente que le bajaban densas al cuello, donde tenía una llaga que llevaba más de tres semanas sin cerrar a pesar de mis esfuerzos. Estaba cansada de luchar con sus crecientes llagas, la pus que emanaba de los pliegues de su cuerpo casi inerte. Lo miré, ya no sentí repulsión; tomé una toalla y le sequé los labios y las gotas de sudor del rostro. Lo vi con ternura, una ternura que había olvidado que sentía por él. Le di un beso en la mejilla. Y despertó. Sus ojos se movieron lateralmente y me sonrió. No digas nada, le dije. —Ya está, me contestó. Tomamos la píldora los dos al mismo tiempo con un trago de cerveza y nos fuimos a dormir.

4. El miedo

El reloj marca las 3:14 a.m.

La pantalla de la computadora de Emiliano es lo único que ilumina la pequeña habitación en penumbra. Esta es su segunda jornada laboral. Demian, del otro lado de la habitación, dormita

entre sueños y susurros, sueños que nunca se cumplirán.

El vaso de una Maruchan a medio comer, cuajada de lo fría que está, al borde de una mesa sin sillas.

Sus ojos rojos ya sin saber si es llanto o cansancio lo que escurre de su rostro; los oídos aplastados por la comprensión de los auriculares, y la espalda hecha añicos por estar sentado durante horas.

De pronto Emiliano le echa un vistazo a Demian, y piensa que al menos él ha podido dormir algunas horas. Lleva tanto tiempo sentado que pareciera, no recuerda qué se siente dormir.

La luz azul de la pantalla es lo único que me ilumina. Estoy en la segunda jornada del día, esta vez para un cliente en Sídney. Mis ojos arden. El café de la tarde está frío en la jarra de la cafetera.

De repente Emiliano ve la notificación en su pantalla, y toma la llamada, en un inglés casi robótico, guionizado, como si haberse matado en la escuela estudiando los *phrasal verbs* lo hubiesen salvado de la miseria.

Emiliano: «HyperLink Support, this is 'Emi'. How can I help you?».

'Emi'? Is that even a real name? Listen, 'Emi', I've been on hold for twenty minutes and my connection is garbage. Absolute garbage. I'm paying top-dollar here!» se escuchan los gritos al otro lado de la pantalla, Emiliano está acostumbrado a este tipo de clientes, está harto también.

Emiliano responde, después de tomar una bocanada de aire: «I understand your frustration, sir. If I could just have your account number, I can run diagnostics...».

«I already gave it to the damn robot! Why do I have to repeat myself? Just fix it! I have a market report to upload. Do you people even know what you're doing down there?» el cliente gritando, al borde de la histeria.

Emiliano: «Sir, I am looking at your file now. I see the signal is unstable. I am going to try resetting the port from my end. It may take a few...».

Terminó la llamada, cierra el *ticket*.

Emiliano se queda frente a la pantalla, le arden los ojos, ya no sabe si de tanto ver la pantalla o de tanto llorar.

Entra en un buscador de bienes raíces, tienen que entregar el departamento en menos de un mes, pero no han encontrado nada. Desesperado. No puede pagar la renta de un lugar decente, ni con las 18 horas que trabaja, ni con lo poco que duerme y lo poco que come, no puede, aunque quisiera. Observa en silencio a Demian, apacible.

¿Cómo este wey puede dormir si nos van a sacar en unos días? ¿dónde chingados vamos a vivir? Sigue llorando, de rabia, de coraje, de tristeza.

Entra a TikTok y ve, a modo de consuelo a una influencer, de cabello rubio y ojos azules que acaba de comprar un penthouse en una de las colonias más caras de la Ciudad de México. Y de pronto se comienza a golpear con furia la cara, azota su cuerpo en las paredes, se araña los brazos.

Desesperado.

Entra a una aplicación morada donde dicen que puedes vender hasta tu alma.

5. El exterior

Aquí adentro la temperatura se mantiene a 14 grados. Constante. Si cierro los ojos, puedo fingir que el zumbido de los filtros de aire es el viento. Pero aquí no hay viento. El viento es una variable incontrolada.

Mi Asignado de Compatibilidad, Kael, revisa los informes de ingesta en su tableta. No me mira. El contacto visual sostenido, fuera de los Ciclos de Vinculación Programada, se considera «desperdicio de recursos emocionales».

—La nutrición de Sebastián es óptima— dice Kael. Su voz es plana, como todo en este lugar. —¿Y Agnes? —pregunto. —Presenta una desviación del 2% en la absorción de hierro. Se corregirá en la próxima ración.

Agnes Orfelia. Sebastián. Sus nombres se sienten pesados, antiguos. Fueron seleccionados del repositorio genético por su «resonancia histórica».

Yo fui seleccionada por mi útero. Fui una de las últimas mujeres fértiles. No recuerdo la ciudad de la que me llevaron. Mis recuerdos pre-Arca fueron «archivados en frío» tras la inducción, para evitar la contaminación nostálgica.

Kael con su voz sin intersticios. Su piel no tiene poros. Su sudor no huele. Es lo opuesto a la decadencia. Es una pared lisa y blanca.

Me levanto y camino hacia el biomonitor. Detrás del cristal, en el Módulo de Crianza, Sebastián duerme. Agnes Orfelia patea contra las sábanas térmicas. No son mis hijos. Son la propiedad del proyecto.

Yo soy la Matriz. Kael es el Donante. Somos una unidad de producción.

Ayer, durante mi hora de ejercicio, tuve un pensamiento no autorizado, —cuando digo y pienso estas frases siento que me estoy convirtiendo en Kael—. Me pregunté qué habría pasado si me hubiera quedado afuera, en el calor. Si hubiera envejecido. Si mi cuerpo, en lugar de ser una máquina preservada, se hubiera permitido fallar, arrugarse, doler.

Lo reporté a la unidad de Psicología de Protocolo. Me ajustaron los nutrientes y me asignaron una hora extra de simulación de sueño.

Miro a Agnes Orfelia. Lleva mi pelo. Tiene los ojos de Kael.

Es hermosa y es la cosa más solitaria que he visto en mi vida.

De pronto sentí algo, y de nuevo, un choque eléctrico que me recorrió la espina dorsal, el dolor me hizo ponerme en posición fetal, cerré los ojos…

El cubículo de Psicología de Protocolo es blanco. Las paredes son lisas, sin uniones visibles, hay un taburete sin respaldo donde tomo asiento, veo frente a mí a la Supervisora. Es humana, creo; su rostro no tiene líneas de expresión.

—Matriz Elara. Reportas una desviación de pensamiento—. No es una pregunta.

—Sí, Supervisora. Respondo.

—Describe la naturaleza del pensamiento no autorizado.

Trago saliva. El aire aquí es tan seco.

—Fue cuando estaba haciendo ejercicio, tuve un deseo, o un pensamiento intrusivo, —tal vez—, digo dubitativa.

—Especifica.

—Me imaginé la Superficie. El lugar del que fui extraída. Pero no como en los archivos de datos, no el caos. Me imaginé… vieja.

La Supervisora Kai inclina la cabeza dos grados. Es el único movimiento que hace. —¿El envejecimiento? El protocolo de preservación celular es del 99.8%. El envejecimiento es obsoleto.

—Lo sé. Pero el pensamiento fue vívido. Imaginé mi piel arrugándose. Dolor en mis articulaciones. Imaginé el calor.

—Define «calor».

—Una sensación húmeda que invadía mi piel; era suave, como estar mucho tiempo tendida en el pasto, bajo el sol.

—Continúa.

—Imaginé...—me detengo—. Imaginé que estaba con un hombre, proseguí, y él también estaba envejeciendo. Estaba enfermo. Había... llagas.

La supervisora permanece inmóvil. Sus ojos no parpadean.

—Y lo que sentí…

—¿Qué sentiste? —me increpó—.

—Ternura.

No había terminado de decir la palabra, cuando sentí un pinchazo que volvió nuevamente todo oscuro.

6. El olor

—Eduardo, ¿no sientes un olor raro?

Un olor a podrido, a algo que se está echando a perder.

Eduardo se queda dilucidando por unos instantes, guiña la nariz en buscan del olor que le describe Clara.

—Sabes que no huelo muy bien, cariño. Abre el refri, busca entre la basura. No siento ningún olor.

—No, pero siento que no viene de aquí adentro, sino que viene de afuera. De alguno de los pisos del edificio.

—Este edificio se está cayendo, Clara; no me extrañaría que algo dentro se esté pudriendo. ¿Qué crees que sea?

—No lo sé. Clara tragó saliva y de pronto sospechó, pero no quiso decirle a Eduardo. No quiso provocarle el vacío que ella sintió en el fondo del estómago. De pronto quiso vomitar, pero recobró la falsa compostura. Se tragó la saliva amarga.

—Dios. No puede ser—. Pensó.

—Regreso en unos minutos. Sabes qué, creo que puede ser que en el piso de abajo no sacaron la basura cuando pasó el camión, y se tiró.

Eduardo, que le creía todo, le respondió:

—Sí, tienes razón, debe ser eso. Eduardo a veces vivía en una burbuja donde nada de lo que estaba afuera le perturbaba. Clara envidiaba ese sentimiento de tranquilidad.

Clara bajó con cuidado las escaleras, aún podía hacerlo, pero se preguntaba constantemente cuándo iba a dejar de hacerlo.

Vio la puerta del departamento 25. Tocó la puerta, quedito, porque ya sabía la respuesta.

TOC TOC TOC.

—Lucio, Lucio, ¿estás ahí?

Silencio. El silencio más abrumador que había escuchado Clara.

La respuesta de Lucio fue ese olor a podrido, a las sobras de una comida rica, que se dejaron sobre la mesa a la intemperie y el calor.

Clara jamás olvidaría ese olor, un olor que sabía, ella alguna vez olería también.

7. Neutralización

Abro los ojos. Las paredes de un blanco cegador. Trato de recordar, busco entre los archivos de mi mente mis últimos recuerdos. El pinchazo.

Intento ponerme de pie. Siento el cuerpo adormecido. Al menos siento algo, pienso. Sonrío ante lo absurdo de la escena que está frente a mis ojos.

Kael observa a Agnes, quien está despierta sobre su cuna, levanta la cabeza con el mismo esfuerzo que le toma sostener su cabeza con su pequeño cuerpo. Nuestros ojos se entrecruzan, y ella comienza a balbucear en su particular lenguaje de bebé, que por fin entiendo. Un hilo me abraza al mirarla, me une a ella y por extraño que parezca, de pronto siento que también lo tiene Kael.

¿Está sonriendo?

Entonces, Agnes Orfelia tose. Un pequeño espasmo y regurgita. Una sustancia blanca y espesa se derrama por su boca sobre la sábana térmica.

Mi primer impulso es meter la mano. Limpiarla. Olerla. ¿Es leche agria? ¿Es bilis? ¿Es fiebre?

Antes de que pueda procesar el impulso, Kael se ha movido.

No con pánico, sino con la eficiencia de una máquina que detecta un error. Sus movimientos son silenciosos. No usa un trapo. Extiende su mano y, desde la punta de sus dedos, un rayo de luz azul escanea la sustancia. Luego, un pequeño dispositivo de succión de su muñeca emerge y la aspira. *Zumbido*. La sábana queda perfectamente limpia.

—¿Está enferma? —mi voz suena ronca. —Es una desviación de ingesta del 1.4%— responde Kael, sin mirarme. Está registrando el evento en su tableta—. El nutriente será ajustado. La sustancia ha sido neutralizada.

La sustancia ha sido neutralizada. No «limpié el vómito».

Me inclino sobre la cuna. Agnes me mira. Desesperadamente, acerco mi nariz a la sábana donde estaba la mancha.

Inhalo.

Huele a polímero. Huele al ozono del filtro de aire. Huele a nada.

Nunca había visto unas sábanas tan… busco en mi memoria una palabra que pueda describirlo.

Impolutas. Níveas.

La frialdad del alabastro.

8. Parque industrial

Julio, 2042.
Dicen que en Toluca no pasa nada.
Hasta que sucede.

El café de la máquina de la caseta sabía a plástico quemado, pero eran las 4:00 a.m. Jessi le dio un sorbo a su taza. ¿Cuándo fue la última vez que la lavó? Se talló los ojos con la mano, estaba más dormida que despierta. Sus botas de seguridad tenían una fisura en la suela; sintió de pronto, con el dedo gordo del pie, la humedad fría del cemento.

Saltó la alarma del colector principal. Lote 4B. *InnovaGen Fertility*.

Jessi sacó su *handheld*. La pantalla parpadeaba, la batería estaba en 12%. Su supervisor, el ingeniero Salas, siempre decía que no había presupuesto para nuevos.

Llegó otro ingeniero. Un tipo pálido con una bata blanca impecable de *InnovaGen* ya estaba allí. Su bata costaba más que la quincena de Jessi.

—Incidente menor —dijo él. Ni la miró a los ojos. Estaba viendo su propia tableta—. Error de lote en el G-77. Un excedente se fue al drenaje.

Le pasó la incidencia en digital. «Solución salina con trazas de péptidos sintéticos». Jessi tenía que fingir que entendía qué eran «péptidos sintéticos». Su trabajo era ejecutar, no entender.

Apuntó su *handheld* al agua. Los números bailaron en la pantalla rota: 1.4, 0.8, 2.1. El sensor de químicos orgánicos no se estabilizaba.

—Tu aparato no funciona —dijo él, con un suspiro de impaciencia. Le ofreció a Jessi su propio lector, uno plateado, alemán. Apuntó al agua. Marcó 0.0—. Ves. Nada peligroso. Firma

aquí, por favor. Tenemos que cerrar el reporte antes de las 5.

Jessi vio el líquido que se iría al río Lerma. Casi invisible, aceitoso. Hacía que el cemento brillara con un leve arcoíris. Desde que trabajaba ahí había visto muchas veces la misma escena: líquido aceitoso que se camuflaría con el líquido verdoso de lo que quedaba del río.

Miró su *handheld* fallando. Firmó, firmó porque quería irse a dormir, firmó porque no sabía qué eran esos números ni ese líquido. Firmó porque el dolor de cabeza era cada vez más intenso, firmó porque no quería perder el camión de la empresa, firmó porque no soportaba irse en el transporte público, esos camiones apestosos, sucios, a punto de estallar en cualquier momento; firmó porque no tenía otra opción.

—Gracias —dijo. Guardó su equipo. Sacó su cartera y le extendió a Jessi un billete de cien pesos—. Para tu café.

El tipo vio su taza vieja, sin lavar. Jessi no sintió vergüenza, pero tomó el billete y se lo echó a la bolsa de atrás de sus jeans. Sí, tal vez me compre un café decente, pensó.

12. El génesis

La prueba de embarazo yacía sobre el mármol frío del lavabo, era el quinto de este año.

Sofía se miró en el espejo, su baño estaba impecable. Habían remodelado hacía dos años, justo cuando empezaron a buscar. El manual del paquete decía tres minutos, lo había hecho tantas veces que se lo sabía de memoria. Ella esperaba cinco minutos, con la esperanza de que unos minutos extra le dieran la diferencia.

NEGATIVO.

No lo entendía, no podía entender porque la vida le negaba ese regalo, que era lo que más quería en el mundo. Lo había hecho

todo. El seguimiento de temperatura basal. Las vitaminas que sabían a metal oxidado y costaban lo que un fin de semana fuera de la ciudad.

«Estrés ambiental». Era la frase para explicar el silencio que crecía en los parques, en la ausencia de las escuelas, en las casas de sus amigas.

Volteó a ver otra vez el aparato. ¿Y si era un falso negativo? pensó, lo pensó con la duda de quien se le nubla la vista de la rabia. No lloró. El llanto pertenecía a los dos primeros intentos. El tercero fue coraje, odio. El cuarto, una negociación desesperada con cualquier entidad que la escuchara.

Abrió la puerta. Marco estaba de pie en el pasillo. No necesitó preguntar. La respuesta estaba en la forma en que ella soltó el aire.

Él asintió, una sola vez. Un movimiento corto, cansado.

—Pedí la cena —dijo, su voz esforzándose por ser normal—. Del lugar tailandés que te gusta.

Sofía caminó hacia la cocina, pasando a su lado. El dispositivo de plástico aún estaba en su mano. Lo dejó caer en el bote de basura. Aterrizó sobre una caja vacía de vitaminas.

—Tal vez el próximo mes —dijo Marco, siguiéndola.

—Sí —mintió Sofía, mientras sacaba un vaso para tomar agua—.

Tal vez.

15. *Stream*

La última uña de Emiliano pendía de su dedo meñique. Con la otra mano, tiró de ella con cuidado: un sonido humedo, el desgarro de la carne blanda. Cayó al lavabo con un clic que rompió el silencio del baño.

Terminó el en vivo.

Daniela Albarrán (Toluca, Estado de México, 1994). Es Licenciada en Letras Latinoamericanas y maestra en Estudios literarios por la UAEMéx. Es autora de *La escuela* (Grafógrafxs, 2020) y *La ciudad se camina de noche* (Grafógrafxs, 2020). Ha publicado en *Castálida*, *Punto en línea*, entre otros medios digitales.

La paz perpetua

Gabriela Conde Moreno

Hoy por la mañana fue difícil despabilarme. El calor era una bruma. Anoche, una vieja llegó hasta el local al cinco para las ocho, cuando yo estaba bajando la cortina. Me rogó que la atendiera, no pude negarme. Las personas siempre me dan argumentos rotundos, razones diversas y contundentes (que yo escribo con mucho esmero, una a una, enumerándolas en el formato azul). No pude negarme, además, porque las mayores, las viejas, tienen mi total consideración. La dejé pasar, se sentó frente a mi escritorio y anoté las 12 razones por las que buscaba mis servicios.

Como acostumbro, usé un fólder blanco para abrir un expediente. Ahí, lleno varios formatos en los que escribo lo clásico: nombre, edad, peso, las razones para querer morirse y algunas notas para los deudos. Casi todas las personas dictan indicaciones para sus seres queridos, disponen de sus propiedades (por lo general cosas exiguas, un pañuelo bordado, una cazuela de barro, una máquina de coser rota), piden perdón, dejan glosas de amor y a veces terminan con algún reproche.

Le dije a la vieja que el mejor método consiste en una dosis de varias grageas que la sumirían en un sueño del que ya no se puede salir. Terminado el procedimiento, la colocaría en la sala de espera del local, como coloco los cuerpos de todas las personas que acuden conmigo, recostados en los sillones, frente a la mesita con

revistas y unos jarrones de flores que limpio y riego prolijamente todos los días, para que los seres queridos los vengan a buscar.

Ahora solo hay dos cuerpos aguardando, una niña y una madre de 11 y 28 años que hace cuatro días juntaron lo suficiente para usar grageas; ambas parecen dormidas, como se dice, sonríen y traen vestidos que ellas mismas se hicieron para la ocasión; nadie las ha reclamado y aunque han pasado muchas familias buscando cuerpos, todavía no aparece la de estas dos; así sucede a veces, he tenido cadáveres por hasta tres semanas y también algunos que, apenas termino de arreglar, tienen, de inmediato, una parentela grande, de 15 o 16 personas, reclamándoles.

Pero la vieja no traía dinero suficiente para grageas, apenas había juntado tres billetes. No tuve que enumerar el resto de procedimientos para morirse, con ese capital lo mejor que podía hacer por ella era subirla a un banco, atarla con una soga al cuello a una de las vigas en el techo y después quitar el banco para que muriera por asfixia. Prometí meterle la lengua dentro de la boca porque siempre termina de fuera, tan inflamada y morada que parece una cosa distinta. Como una berenjena a punto de explosión, le dije. Ese es el fundamento de mi tarifa, entregar los cuerpos presentables, para que, cuando las vengan a buscar, ningún deudo grite de horror ni salga corriendo. Firman con alivio un formato verde en el que consta que recibieron el cuerpo y yo guardo el expediente, alfabéticamente, en los archiveros. Entonces, la vieja que me daba la espalda, volvió hacia mí su rostro, dijo que sí y los ojos se le llenaron de luz.

Mientras estuvo colgada, permanecí de pie junto a la vieja. La tomé fuerte de la mano y canté una canción. A veces los cuerpos tienen estertores bruscos y es imperativo sostener la mano y apretarla, acariciarla. Después de descolgar el cuerpo, metí la lengua en la boca y lo preparé y limpié con esmero. Luego lo saqué

a la sala de espera y lo senté en los sillones. Junto a la mujer y la niña, la vieja parecía también dormida; eran como tres mujeres felices, una abuela, una hija y una nieta, que descansaban a mitad de una charla, en una apacible noche de julio.

Llegué tarde a casa.

Esta mañana cuando arribé al local, un hombre estaba parado frente a la cortina, esperándome.

—Buenos días.

Me sentí nerviosa. Me apresuré a subir la cortina y a abrir. El hombre permanecía afuera, sin moverse y me miraba mientras yo entraba y salía del local, barriendo, acomodando revistas, espantando con un periódico a las aves de rapiña, prendiendo la cafetera, ordenando papeles, sacudiendo el escritorio. Cuando me senté dispuesta a clasificar expedientes, entró y se sentó en la silla frente a mi escritorio. Pude verle por completo el rostro. Me recordaba a alguno de los hombres que conocí en el pasado, a alguno o a todos. Yo sudaba. Él dijo que traía suficiente dinero para el método de las grageas, más que suficiente, eso y mucho más. Su voz era dura, tiránica. Yo estaba perpleja, nunca un hombre había buscado esa clase de servicios.

—¿Qué pasa? ¿No que eras la mejor de la ciudad? —Y puso frente a mí dos bolsas negras repletas de billetes. Después sonrió complacido.

—¿También me vas a cantar, verdad?

Después de dudar un instante, le contesté que sí, que le sostendría la mano y le cantaría mientras estuviera en el trance de la muerte, que le cerraría los ojos y colocaría su cuerpo en los sillones y le pondría una revista en las manos para que diera la impresión de haberse quedado dormido mientras leía sobre jardinería y de estar ahora soñando con campos de lavandas.

No quise saber sus razones, así que no me molesté en abrirle ningún expediente. Antes de darle la primera gragea y acercarle un vaso desechable con agua, el hombre me vio fijamente, con odio y regodeo.

Temblando, le abrí la boca y le eché la primer pastilla. Él bebió de un solo trago el agua y después deshizo el vaso apretándolo dentro del puño. Le abrí la mano, se la sostuve, sacudí el unicel.

Canté y se quedó dormido.

Ahí, indefenso y a mi merced, pensé que podría coger un cuchillo y destriparlo, castrarlo, causarle el dolor que seguro se merece, pero no lo hice, tomé el dinero, algunos papeles y salí corriendo.

Probablemente cuando el hombre despierte, querrá desquitarse por mi estafa con las 3 mujeres que siguen ahí en la sala de espera, seguro ellas terminarán como todas las otras, tiradas en algún canal.

Llámenme cobarde, pero yo no voy a darle ninguna paz.

Gabriela Conde Moreno (Tlaxcala, México, 1979). Es narradora y ensayista. Ha publicado los libros de cuentos *Espejo sobre la tierra* (CONACULTA, 2004), *Vía láctea* (BUAP, 2023) y *Tejidos* (Instituto Tlaxcalteca de Cultura, 2021). En 2023 ingresó al Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Gestación espiral

Denise Ocaranza

La panza me empezó a crecer de a poco, pero de a muy poco. Llegué a creer que era un embarazo psicológico… si no fuera por la anemia, por lo poco que comía y lo mucho que vomité el primer trimestre. Raúl estaba ilusionado con la posible llegada del bebé, pero más con su huerto… hasta que llegaron los caracoles.

Lento, pero seguro, Raúl y yo nos alejamos: pronto me di cuenta que no lo necesitaba para ser lo que ya era. Pasaba el día y la noche buscando las ganas de maternar, buscando el instinto materno. Escuchaba *podcast* sobre las hormonas durante el embarazo, leía sobre la anidación, veía la impresión del ultrasonido y fingía la sonrisa, me acariciaba la panza con ternura, sobre todo cuando alguien me estaba mirando, pero nada. No sentía nada.

Mientras tanto, Raúl les había declarado la guerra a los caracoles, quería exterminarlos. Preparó una mezcla espesa de huevo podrido, jengibre y una pizca de ceniza, aserrín y restos de conchas trituradas. «Sin querer» me la tomé: sentí el granulado viscoso bajando por mi garganta. Pero nada, no pasó nada. Ni con el bebé ni con los caracoles. A mí no me molestaban… me gustaba salir a caminar y ver cómo en la acera la baba resplandecía con los primeros y los últimos rayos del sol.

A los seis meses de gestación ya estaba resignada. Seríamos padres. Bueno, yo sería madre y Raúl horticultor (había logrado controlar a los caracoles). Yo empecé a pintar las conchitas que

encontraba ya secas en el huerto; fue, quizá, mi única actividad de anidación.

A los ocho meses por fin se me notaba la panza. En una de mis últimas citas ginecológicas, la doctora se sorprendió al ver mis estrías: no eran rojas ni blancas, sino que parecían senderos espiralados y profundos, húmedos, como si hubieran sido excavados. Cuando me rascaba no sólo me salían más, sino que de ellas brotaba un líquido denso y claro, ligeramente brillante, parecido al pus.

Sentía pequeños movimientos dentro de mí, una especie de lento reptar bajo la piel. Me rascaba sin parar, me llevaba aquel líquido que se quedaba entre mis uñas a la nariz: olía a una combinación de tierra mojada y musgo; luego lo chupaba, ya era adicta a ese sabor a hierro, piel podrida y humedad. Era una sensación como de comerme a mí misma, y no me importaba, hacía tiempo que mi cuerpo había dejado de pertenecerme.

Llegó el día de dar a luz. El líquido que rompió fuente era una sustancia tan espesa y viscosa que se arrastraba por mis piernas; olía a herrumbe dulce. Casi arrastrándome me dirigí al huerto para avisarle a Raúl, pero no había ni rastro de él. Las conchitas que había pintado con colores chillones me guiaron hacia un gran hueco de tierra, fue entonces cuando mis caderas tronaron y arrojé un saco gelatinoso, nacarado, del tamaño de una sandía, que se rasgó al caer. De la grieta salió una marea hirviente de huevos, pequeños y blanquecinos, y docenas de caracoles vivos, muy vivos, que trepaban unos sobre otros. El saco, ahora vacío, se deshacía en filamentos viscosos enredándose en mis pies.

Denise Ocaranza (Toluca, Estado de México, 1986). Es licenciada en Letras Latinoamericanas y maestra en Estudios Literarios por la UAEMéx. Es autora de *El ladrido secreto* (UAEMéx, 2017) y de *Perdidos en el fuego* (FOEM, 2022). Ha colaborado en *Revista Sinfín*, *Universitaria* y *Plástico. Revista Literaria.* Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs.*

Insomnio

Alex Rappozo

«¿Ya te dormiste?», preguntó mi madre.

Esa era una pregunta trampa. Si contestaba, se venía una golpiza por no haber obedecido la orden que había dado apenas hacía un minuto: «¡Ya duérmete!».

Así que, aunque no estaba dormido, no sólo no contestaba, sino que además fingía la respiración profunda y pausada de una persona dormida. Había aprendido poniendo atención al dormitar de mi hermano. Él siempre parecía tan tranquilo, no le importaba nada, y yo me quedaba despierto toda la noche enumerando las razones por las que mi vida era una mierda.

El calor asfixiaba: eran las dieciséis cobijas que tenía encima. El peso hacía muy difícil cambiar de posición, pero mi madre no aceptaba que yo le dijera que no necesitaba tantas. Ella tenía frío y, por lo tanto, yo lo debía tener también.

Su verdad y su opinión eran las únicas que importaban. Tratar de hacerle entender que yo no tenía frío sólo podía llevarme a recibir una golpiza. Sus cachetes de *bulldog* temblaban con furia cuando alguien la contradecía; mi hermano y yo recibíamos el castigo de su enfado.

Hacía poco más de un año que mi padre había huido hacia un lugar lejano, en donde seguramente había encontrado la felicidad. Yo tenía la fantasía de salirme de la casa sin que nadie se diera cuenta para caminar hasta la avenida donde pasaban

los autobuses y así huir también. Luego sentía culpabilidad por dejar solo a mi hermano y trataba de incluirlo en mi fantasía. Desafortunadamente, eso complicaba la logística y terminaba regresando a la realidad. La huida era imposible. Lo mejor sería morir.

Supongo que mi madre fantaseaba con la muerte de mi hermano y la mía: tal vez una accidental fuga de gas nos intoxicaba y ella sería la pobre víctima de la desgracia, a quien todo el mundo le prestaría atención y consuelo. Quizá, incluso, podría rehacer su vida.

Mientras fingía estar dormido, mi madre se quedaba dormida de verdad y yo escuchaba sus ronquidos. Entonces aprovechaba para deslizarme fuera de la cama y andar con las puntas de los pies para no hacer ruido. No podía prender la luz, así que caminaba a oscuras. Ella tenía una obsesión por dormir en completa oscuridad. Cada ventana tenía tres cortinas del mayor grosor que pudo encontrar para impedir que el mínimo haz de luz del alumbrado público o de la luna se filtrara en la casa.

Me había aprendido el camino de memoria para no tropezar con nada. La oscuridad era tan profunda que no podía ver mi mano puesta frente a mis ojos. Llegaba a la ventana y me escondía detrás de las cortinas para observar la calle. Algunos autos pasaban de vez en cuando y yo imaginaba qué historias tendrían para andar circulando de madrugada. Ciertamente esa gente tenía problemas, y yo pedía a Dios que me diera poderes como los del hombre araña para salir por la ventana, escalar las paredes y salvar a las personas. Eso hubiera sido una forma de salvarme a mí también.

Algo diferente estaba pasando hoy: mis ojos se empezaron a cerrar. Salí de detrás de la cortina y un olor amargo me dio de lleno en la nariz; venía de la cocina. Caminé hasta allá, donde

aquel hedor era más intenso. Mis piernas se sentían más pesadas a cada paso. En efecto, el olor llenaba toda la cocina, pero ya no me sentí con fuerza para seguir. Me acosté en el piso.

«Ya estoy durmiendo, mamá».

Alex Rappozo (Ciudad de México, 1981). Ingeniero electromecánico por el Instituto Tecnológico de Toluca. Ha colaborado en la revista digital *Sea Breve por Favor*. Participó en cursos de escritura con Rosa Nissan y Alberto Chimal.

Cándida, la elefanta

Jesús Humberto Florencia Zaldívar

Te lo dije, la abuela está bailando como si nunca hubiera sufrido esa parálisis. Mírala y juzga. Aunque siga con la cara de piedra, al menos se mueve. No come y no permite que la bañen, apesta a rayos y, al primer descuido, le lanza mordidas a quien se le pare cerca. Pero qué importa cuando la veo con energías para levantarse de la cama.

Cándida tiene ochenta y siete años, y desde hace cinco no ha podido salir a la calle. Se mantiene, o más bien la retienen —dicen que para su protección—, en su cuarto. Perdió la capacidad de hablar, pero de vez en cuando emite ciertos gruñidos de disgusto. Cándida quedó limitada a tan sólo observar las cuatro paredes que la rodean.

Por eso se sorprendieron al descubrir una repentina recuperación. Sería por los medicamentos o por el ratito que pasó con el hijo que no la visita, pero mejoró el ánimo para seguir viviendo. Así nomás, sin quejarse de dolores, se levantó para disponerse a bailar.

Lo que se repetiría a la mañana siguiente, por la tarde del miércoles y al anochecer del viernes. Con ese baile, el hijo que la cuida se tranquilizó, porque le urgían algunos momentos para mentirse. Imaginar que su madre no volvería a sufrir convulsiones era una tregua para quien se levanta a medianoche a tranquilizar a la anciana que sufre.

Los cuatro nietos también expresaron su alegría. La más pequeña de ellos, la que más se le parece, la que estudia danza contemporánea, la acompañó en sus rítmicos movimientos. ¿Y la nuera? Ella es otro cantar. Mientras no sorprenda a su esposo con tristezas o de mal humor por la salud de su madre, se dará por bien servida.

Los movimientos de Cándida se consideraron una bendición, un instante de tranquilidad para el espíritu derrotado y, conforme transcurrían los días, Cándida insistía en levantarse a cualquier hora para bailar. Hasta que una trabajadora de la asistencia social hizo su visita de rutina, llegando a la conclusión de que, de acuerdo con su experiencia en atender gente grande, ese comportamiento no le parecía normal. Así que le sugirió a la familia que la llevaran a la clínica y que un experto la valorara.

Pero al hijo que la cuida no le agradó esa petición. Estaba tan feliz porque su madre había recuperado el entusiasmo, que se sintió contagiado de fortaleza y optimismo, por lo que no creyó necesario llevarla con el médico. Además, pronto sería su cumpleaños y pensaba festejárselo.

Como usted lo prefiera, le respondió la trabajadora social, pero tengo la obligación de entregar un informe. Si la señora no es atendida adecuadamente, se le acusará de maltrato y de negligencia contra una persona mayor.

Molesto, el hijo que la cuida tuvo que aceptar la petición, no sin antes corregirla porque, desde su punto de vista, su madre se había recuperado milagrosamente. Ahora baila, pero antes había perdido la capacidad de caminar.

Un fuerte dolor en el cuello le advirtió que evitara problemas con cualquier autoridad. Suficiente tenía con preocuparse por el segundo de sus hijos, quien había salido a una fiesta desde la noche anterior y aún no regresaba a casa.

Explíquese, arremetió la inspectora, toda seria, toda tosca y sin gracia, pero toda ella como una posible y pequeña caricia de consuelo para Cándida. Para ser una trabajadora gubernamental, que solamente realiza una monótona actividad, mostró un especial interés por la anciana. La asistente social esperaba concluir pronto sus visitas, y Cándida era la última de su lista. Una vez cubierta su cuota de encuestas, le urgía regresar a las oficinas centrales para redactar su informe lo más pronto posible y regresar a su casa.

Sin embargo, al ser testigo del baile de Cándida y a pesar del optimismo de la familia, algo en el fondo de su conciencia le gritaba que eso no estaba bien.

Chaparrita, robusta, Cándida realizaba unos cuantos movimientos rítmicos con las piernas y los brazos. Ni un paso adelante o hacia atrás sin tener que deslizarse a la izquierda o a la derecha. Por cierto, ¿cómo saber si lo está disfrutando?

Tramite que un especialista venga a revisarla en su domicilio. El hijo que la cuida no le respondió. Le tomaría toda la mañana asistir a la clínica, y no para conseguir que le programaran una cita con el geriatra, sino con un practicante.

Conociendo el sistema de salud, el apoyo lo obtendría dentro de tres meses. Pero terminó aceptando el consejo. Perfecto, respondió la empleada, nomás fírmeme este documento en el que está conforme y satisfecho con el programa de atención a los adultos mayores y en breve recibirá una respuesta del director de la clínica que le corresponde.

Al día siguiente, los movimientos dancísticos de Cándida tuvieron una alteración. Lo que antes fueran pequeños saltos, ahora se trataba de giros; a un lado, luego en sentido contrario, incluso la muchacha más amargada de la casa notó que había sonreído.

¡Sonrió! Sí, todos lo vieron. Finalmente, Cándida había vencido a la parálisis facial. Por consiguiente, el hijo que la cuida no pudo sentirse más contento.

Celebraron el cumpleaños de Cándida. Le cantaron las mañanitas y, a pesar de su diabetes, le permitieron comer pastel y helado, y luego de mucho pedirle que hablara, pronunció una palabra.

¿La escucharon? ¿Qué dijo? Eso ya no importa porque si se está recuperando, pronto se comunicará con la familia. Lo que sería estupendo porque así comprometerían al hijo que no la visita a que se involucrara en los cuidados de su madre.

Había pedido que le cambiaran el pañal. Aunque, para su mala fortuna, las personas con las que compartía el departamento estaban muy cansadas o no quisieron escuchar. Lo que más deseaban era darle una tregua al hartazgo de los cuidados, por eso y por esa ocasión, lo juraron *pordiosanto*, permitieron que durmiera con la suciedad cubriéndole el cuerpo.

Mal asunto, porque el geriatra asistiría en cualquier momento y estuvieron forzados a lavar la ropa, las sábanas y, además del limpiarle el culo, tuvieron que bañarla completita por haber permitido que se cubriera ella misma con sus propias secreciones.

Lamento informarles, eso que ustedes interpretan como baile, no es otra cosa que un trastorno ocasionado por su edad. Ese fue el diagnóstico del médico que asistió para verificar la salud de Cándida.

Motivados por la insana costumbre de sostenerse por los aires con el ala de una mariposa, preguntaron por la posibilidad de una cura, a lo que el especialista prefirió no darles esperanzas, ya que el problema de Cándida es degenerativo. Para concluir, les recomendó que la apoyaran con una rutina de ejercicios, sin olvidar los medicamentos y una correcta alimentación.

Desconcertado o molesto, el hijo lo cuestionó: ¿Qué sentido tienen sus sugerencias si de todos modos no va a mejorar? A lo que el médico respondió: Se trata de calidad de vida.

«Calidad de vida», se dicen fácil esas cosas, pero cuestan mucho dinero. No podían darse el lujo de contratar a una fisioterapeuta o a una enfermera para que la tuviera limpia y en armonía.

Ni hablar, los integrantes de la familia se dividirían las actividades, como obligarla a comer, a caminar, a que no permaneciera acostada, pues corría el riesgo de que la inactividad le llagara la piel. Y pongan mucha atención: Es indispensable mantenerla limpia y sin malos olores.

Al principio, todos estuvieron de acuerdo en cuidar a la abuela, menos la nuera. Suficiente tenía con cocinar y lavar la ropa como para limpiar a una mujer que reparte golpes y grita según su estado de ánimo. ¿Y qué hacemos con los bailes? Déjenla, nadie ha dicho que le haga daño. Mientras no se caiga, todo estará bien.

Pero el hijo tenía dudas respecto al diagnóstico, así que buscó la opinión de otros especialistas. Como su trabajo consistía en ser el guardia en una zona residencial, esperó el momento adecuado para abordar a uno de los inquilinos, un viejo neurólogo jubilado, a quien evitaba encontrarse, por su mal humor.

Sí, sí, después hablamos, ahorita no tengo tiempo, lo evitaba. Pero en esa ocasión no le quedó más remedio que escucharlo.

Si está muy ocupado. Hable. No quisiera molestarlo. Hable, le digo, y ya comenzaba a impacientarse. Se trata de mi madre. ¿Qué es lo que tiene? El hijo, omitiendo los detalles señalados por el médico, tan sólo se limitó a contarle la costumbre que tenía de bailar.

Explíquese. Otra vez esa maldita palabra.

Verá, se llama Cándida, come poquito, pero come. También puede hablar, aunque no se le entiende mucho, quizás unas cuantas palabras, como hermanito o cielo como llamaba a mi padre. Repite mocita, porque así la llamaba mi abuelo cuando era niña. Dice vestido nuevo, mi anillo de boda, que perdió hace mucho, pero, sobre todo, baila.

¿Cómo es ese movimiento al que usted define como baile?

Con timidez, como presintiendo que había dicho algo inapropiado, le describió los movimientos de su madre. Antes daba pequeños brincos, ahora gira de un lado para el otro, agitando sus brazos. Hasta podría decirse que lleva ritmo y hasta repite los movimientos que mi hija le enseña.

En verdad que la gente es estúpida, escupiría el especialista. Luego, con fastidio, le preguntó por los medicamentos que le recetaron a su madre, y reafirmó que toda la familia eran una bola de tarados y que ojalá se rompieran un hueso para que supieran lo que la anciana estaba sufriendo.

Le confirmó el primer diagnóstico y antes de largarse —porque tenía muchas ganas de golpear al vigilante— le sugirió que le preguntara a su médico sobre los efectos de los medicamentos, porque uno en particular no era para controlar la presión arterial ni el corazón o la diabetes. Una de las pastillas era para inhibir el sistema nervioso. Al notar la duda, concluiría con un grito: ¡Para doparla, con un carajo!

Pero, se mueve, baila… y eso debe ser bueno, ¿o no? El guardia se aferraba a una esperanza.

Lo que su madre tiene es un síndrome causado por la edad. ¿Para qué se lo explico si jamás me entenderá? Un síndrome que fue estimulado por el aislamiento y por la falta de comunicación con su familia. No soy su médico, pero es muy probable que una de las pastillas sea para evitar ataques psicóticos.

Me está engañando y lo hace nomás para joderme la existencia. No lo puedo creer. Usted no sabe nada. Tantas negaciones iban acentuando su derrota, derrota que terminó realzada con la sentencia del médico: Como guste.

Aún había una oportunidad para obtener palabras de compasión, así que el vigilante insistió: En los dos últimos años no ha salido de casa por temor a que se cayera o porque no había nadie que pudiera acompañarla. Pero no está aislada, convive con mis hijos, con mi esposa, conmigo.

¿Conversan con ella? Con el silencio, el vigilante tendría que aceptar un deseo oculto, que Cándida muriera y que todas las preocupaciones se acabaran. Cándida se pasaba las horas viendo el televisor, pero sola y sin comprender lo que sucedía a su alrededor. Por momentos, un hilillo de saliva escurre por su boca. ¿Será que tiene hambre?

El comportamiento de su madre es como el de los viejos elefantes en los zoológicos y no intento ofenderlo, sino que utilizo la comparación para que me entienda.

Para ser sinceros, el guardia tuvo la intención de propinarle un puñetazo. Cabrón. ¿Cómo se atrevía a proponer semejanzas con un animal? Entonces, su madre debe ser una marrana. En ese momento despreciaría al médico y deseó que fuera él quien padeciera los trastornos de Cándida. Al final, sólo se limitó a mirar el vacío y a reprimir las ganas de llorar.

Cuando un elefante permanece en encierro, lejos de su hábitat y sin ningún contacto con otros de su especie, tiende a dejarse morir con lentitud. Pierde el control de los esfínteres, permanece en depresión e imagina que se comunica con sus muertos. En cualquier momento podría manifestar ataques de desesperación, por lo que es indispensable su control suministrándole tranquilizantes o antidepresivos.

Lo lamento, lo que le sucede a su madre es progresivo. ¿El médico se había compadecido?

Pero ella baila, yo la he visto. Ella habla y me reconoce. Come, a veces sonríe y en una ocasión pudo bañarse sola. Esa vez, se vistió con sus mejores prendas, incluso se maquilló y se puso toda hermosa porque papá la visitaría. Lo había dicho. No debía olvidar que su padre había muerto cinco años atrás.

Ya no insista. Eso no es un baile, es un reflejo nervioso, provocado por el estrés o, peor aún, porque podría encontrarse en el umbral de un infarto o de un aneurisma. Ojalá pudiera llevarla al lugar en donde nació, pero, si no es posible, consiéntala.

Gracias. Terminó la conversación y, sin haber concluido su horario de trabajo, comenzó a caminar con rumbo a su domicilio.

Durante su trayecto, recordó a su madre más joven, con pocos años de casada y bailando con su marido. Porque a Cándida le gustaba bailar en donde fuera. Por eso, cuando el hijo que la cuida llegara a casa pondría música para bailar con ella.

Mientras pensaba en tantas cosas que le devolvieron una esperanza, recordó que un día antes no le había suministrado sus medicamentos a su madre. Cándida estallaría con una furia inusual haciendo pedazos la Biblia que le leían a diario. Cándida, que desgarraría la ropa para luego saltar por la ventana de un tercer piso.

Jesús Humberto Florencia Zaldívar (Ciudad de México, 1965). Maestro en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de la Universidad Autónoma del Estado de México. Autor de *Son hermosos y malditos* (UAEMéx, 2019), *Invención de Ícaro* (UAEMéx, 2020) y *Tengo otros datos* (UAEMéx, 2026).

Cinco poemas del libro *Danza para caballos*

Ana Estaregui

1.

aprender a pensar
como piensa una flor
abrir
nadie sabe mejor
pensar
como piensa un río
ir ir, el agua sabe
ser agua
lanzarse hacia el otro borde
todas las aguas son la misma
cuando chocan contra las piedras
pensar como piensa una piedra
considerar
todas las substancias
de su cuerpo
insectos savia
pétalos
pensar como piensa la tierra
recibir
nadie sabe mejor criar
que la tierra la muerte

frutos amarillos flores púrpuras
árboles como montañas
aprender a pensar con la muerte
la montaña

2.

entierro aquí, en esta tierra púrpura,
el órgano crudo
puro sumo del presente
pena y piedra y alguna
palabra
hablada con humo
entierro aquí
mi propio destino
aún transparente
entierro los dibujos prehistóricos
los calendarios verticales del tiempo
blanco espacio negro
entierro el futuro miel de las frutas
en estas páginas el tiempo
siempre irrecuperable de sol
las futuras generaciones de aves
los días aún no experimentados
el mar, la madre, el espacio

3.

como la flor del tabaco
y su humareda ofrecida
ahora está en el aire

con todo tipo de pluma
que se deshace con viento
porque siempre estuvo
en el río sin color
que atraviesa los arrozales
el fuego o un poema
que no tiene comienzo ni fin
pero cruza el paisaje
con su pequeña agua
y no comienza nunca
porque este movimiento
comenzar
no existe
es un gesto antiguo
un dibujo circular preexistente
una cicatriz de nacimiento
un huevo

4.

de todos los ejercicios, caminar
andar para pensar mejor
tronar los huesos y estirar cartílagos
hasta soltar todo el aire que había
entre la pleura
y el pulmón
el cuello, la pelvis, el talón
caminar
rescatar el buen estado de los pies
secuencias intercaladas de peso
y suspensión

caminar
para encontrar un vacío, un volcán
una secuencia de números primos
una piedra, un letrero amarillo brillante
caminar de noche, entre árboles
atravesar el vecindario, olfatear romero
andar hasta el final de un muelle imaginario
andar como quien resopla
caminar a la luz del día,
una linterna encendida

5.

un poco como escribir la piedra
y no escribir sobre ella
cargar en la espalda el peso
de repetición
y no usarla para raspar una superficie
menos dura creando líneas
círculos manos pero
escribirla por dentro, la piedra

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

Veo el poema como ese ring de disputa entre lo que se escribe y lo que se desearía haber escrito

Sergio Ernesto Ríos entrevista a Ana Estaregui

Grafógrafxs *presenta una serie de entrevistas breves a escritores sobre su oficio, manías, anécdotas, visiones acerca del arte, pero, en especial, respecto a ciertos detalles que ayudarán a trazar un perfil de este lado, en la orilla de lo cotidiano, en la que aparentemente nada pasa.*
Ana Estaregui es una de las voces más interesantes de la poesía brasileña, sus libros pueden ser leídos en clave de un despegue, que parte de la complejidad del cuerpo y los cuerpos, la caducidad amalgamada a la inercia de nuestros rituales de todos los días, hacia la naturaleza y lo espiritual, al silencio, el vuelo pagano de ciertos poemas.

Sergio Ernesto Ríos: ¿Cuál fue el contexto en el que creciste? ¿La ciudad, tu familia, tienen alguna relación con tu búsqueda en el arte?

Ana Estaregui: Nací en Brasil, en una ciudad del interior de São Paulo llamada Sorocaba. En mi familia no había nadie que tuviera relación directa con el arte, excepto una prima más joven que fue a estudiar artes escénicas más tarde. Vengo de una familia de clase media con padres y hermano médicos, y abuelos que no tuvieron formación universitaria. Puedo decir

que corrí con suerte al haber tenido padres con sensibilidad para percibir mi interés por el arte, pues desde chica me inscribieron en cursos libres de dibujo, clases de pintura, etcétera. Me siento muy agradecida con ellos por eso.

SER: ¿Tienes algún recuerdo determinante de tus comienzos en la poesía?

AE: Desde pequeña tengo interés en la palabra. Al final elegí graduarme en artes visuales por pensar que tendría mayor posibilidad de experimentación. Aunque haya elegido las artes visuales y no letras, creo que el interés por la palabra (y, posteriormente, por la poesía) siempre permeó esta elección. Creo que mi relación con la poesía fue dada dentro de este contexto, a partir del estudio de poesía visual (y de la poesía concreta y neoconcreta brasileña), en la cual la cuestión espacial del poema es central. Durante la graduación produje varios poemas considerando su espacialidad y materialidad (letras de madera, metal), poemas proyectados en el espacio, videopoemas, libros de artista con páginas de tejido transparente, entre otros. Más tarde acabé encaminándome al texto propiamente dicho e iniciando una producción escrita más regular. Un recuerdo muy fuerte del periodo de graduación era cuánto me interesaba aislar palabras en diferentes contextos y, a partir de este movimiento, poder observarlas como objeto de corporalidad. *Un tiro de dados*, de Mallarmé, fue un trabajo que me impactó mucho en esta fase. Algunos artistas brasileños, como Marilá Dardot, José Leonilson y Nuno Ramos, también fueron referencias importantes para mi formación.

SER: Aparceces en la antología *Uma alegria estilhaçada*, de Gustavo Silveira Ribeiro. ¿Cuál es tu relación con esta generación? ¿Crees que es una generación con búsquedas estéticas afines?

AE: Creo que en la actualidad no es posible pensar una producción generacional tal cual como la generación del mimeógrafo o de los concretos en Brasil. Incluso si miramos de cerca estos grupos, también tienen producciones bastante heterogéneas. Tal vez más adelante sea posible ver con mayor claridad alguna costura visible que identifique una relación entre las producciones actuales. Creo que está presente en la elección de Gustavo un vector orientador que considera sobre todo una investigación rigurosa del lenguaje y del choque que esto implica. Existe una producción bastante vigorosa de poesía en Brasil que *dribla*, inclusive, un «mercado oficial». Hay bastantes cosas de calidad que están haciendo y publicando editoriales pequeñas e independientes. Si tuviera que decir algo, diría que hay muchos aspectos siendo pensados hoy, como la intertextualidad, la polifonía, la mezcla de medios, el metalenguaje, la búsqueda de voces que sufrieron algún tipo de cancelación histórica, la narratividad, la *performance* poética, pero no creo que alguna de estas características por sí sola sea suficiente para definir un grupo o una generación. Creo que hay algo muy vivo sucediendo en este momento que es difícil capturar.

SER: ¿Cómo es escribir en el Brasil de hoy?

AE: Creo que hay dos lados bastante conflictivos en esta pregunta. Por un lado, existe de hecho esta producción efervescente sucediendo hoy que parece no estar ligada a un juego mercadológico, ya que sucede, en su mayoría, en espacios independientes de ferias de publicaciones, zines, veladas o incluso en medios digitales

y redes sociales y que, por lo tanto, estaría de cierta forma libre de un «proyecto hegemónico». Por otro lado, escribir en Brasil hoy significa poseer una vida profesional doble, en la cual escribir mucho probablemente no será la fuente de generación de un ingreso importante. En el mejor de los casos, un escritor en Brasil consigue sobrevivir dando clases de literatura, traduciendo, revisando, realizando otros proyectos literarios. En un escenario menos optimista, el escritor necesita dedicarse a otra actividad para pagar las cuentas.

SER: La idea del poema como archivo o registro de lo cotidiano aparece en *Coração de boi* como un ritual para no ser arrasado por la rutina y el sistema, y siempre el poema resultaba la salida: un hallazgo en los detalles más pequeños, el dolor del cuerpo, los sonidos, las sensaciones, lo simbólico que resignifica al mundo, y tanto como en *Dança para cavalos* la presencia de la naturaleza tiene algo de búsqueda espiritual, ¿cómo lo piensas?

AE: Este año voy a publicar mi cuarto libro de poemas y he comenzado a pensar si existe o no algún tipo de trayecto que me llevó de un libro a otro, incluso de una forma no consciente. El primer libro que publiqué, *Chá de Jasmin*, fue un ejercicio de experimentar formas, asuntos, espacios, de modo que no percibo como muy cohesionado este libro. Creo que cumplió la función de hacerme entender que el proceso de escribir y publicar un libro era más complejo que simplemente pasar de la computadora al papel. Ahora los últimos tres libros tienen mucho más en común y veo que la semilla de esto comenzó en *Coração de boi* con temas que involucran el tema del animal y de un estado salvaje, aunque en aquella ocasión de manera muy mezclada con el ambiente doméstico. He percibido que este aspecto de conectar la

escritura con la experiencia ritual (espiritual) es algo que se viene sedimentando y ganando cuerpo en mi investigación poética. Percibo que está mucho más presente en los dos últimos libros. Mi interés por la poesía (leer y escribir) se dio más o menos en la misma época que me consagré a la ayahuasca por primera vez (hace casi 20 años) y poco a poco noto que esos dos ejes tan constitutivos para mí se fueron conectando y mezclándose. De entrada, la poesía me atrajo por la subversión, por permitir ese otro tiempo de percepción, por enseñar sobre la belleza y finalmente por ser una especie de lugar de resistencia donde algo no necesita tener necesariamente una función práctica evidente. Sin embargo, después de algunos años escribiendo, veo que ocurrió una profundización en mi relación con la escritura. Hoy busco escribir para aprender con la propia escritura. Es ella quien conduce el proceso. Sé que lo estoy haciendo bien cuando no tengo idea de lo que voy a escribir, y aun así siento deseo de colocar palabras en la página. Voy descubriendo mientras escribo o, como dice Barthes, intento escuchar al «lenguaje fuera del poder». Ese lenguaje que piensa –o es pensado– por el poema es algo que surge con más facilidad en los estados alterados de consciencia, en el trance o en los momentos que preceden al sueño, en el que las conexiones parecen estar en suspenso.

SER: No es muy común trabajar una obra poética desde la academia, como sucede en *Dança para cavalos*, al menos en México es más o menos reciente la aparición de carreras universitarias dirigidas a la escritura. Quiero decir que está bien marcada la línea entre crítica literaria y creación literaria, ¿Cómo funciona en Brasil, este fomentar no sólo una mirada crítica a los autores contemporáneos sino la realización de una obra?

AE: En Brasil esto también es muy reciente. Este año comencé un doctorado en Letras en la Universidad de São Paulo en una línea de investigación en Escritura Creativa. Esta línea existe hace poquito tiempo, creo que no tiene más de cinco años. Hay varios alumnos de letras de ahí que ni siquiera saben que existe. Es un segmento que está comenzando a despuntar en algunas universidades brasileñas, con algunas excepciones como la PUC de Rio Grande do Sul, donde existe hace algunos años. En las artes visuales, en la música y en la danza, por ejemplo, esto existe desde hace algún tiempo, pero demoró más para que en las letras la producción literaria/poética autoral ganara espacio como producción científica, de pensamiento. Personalmente, me siento muy entusiasmada con esta apertura. Encuentro bastante interesante leer sobre procesos de producción de arte, poder compartir con colegas, entender los mecanismos de estas creaciones, pensar sobre los procesos de génesis, construcción y evolución de poéticas a partir de la práctica. Y pensar en todo esto a partir de métodos (propios) y con el rigor que la academia exige. Antes de que existieran estos «espacios oficiales» en la universidad, siempre existieron autores que habitaron espacios fronterizos entre lo literario y lo filosófico, lo poético y lo ensayístico, lo científico y lo ficcional. Deleuze era filósofo, pero escribía con una gran apertura a las imágenes poéticas; Barthes exploraba ese espacio entre lo teórico y lo ficcional, Tim Ingold escribe textos que mezclan antropología, arte, filosofía y teoría del conocimiento. En fin, es rico cuando las cosas pueden mezclarse. Creo que la escritura poética gana con la consciencia crítica y la investigación airea el lado más experimental de la práctica. Siento muchas ganas de escribir poemas cuando estoy leyendo textos teóricos, principalmente cuando tratan de lenguaje.

SER: Me interesa mucho el proceso de *Danza para caballos*, primero, porque sólo después de leer el libro de poemas encontré *Dança para cavalos: um experimento de escrita*, ¿cómo fue trabajar con profesoras que a la vez son poetas como Annitta Costa Malufe y Alice Sant'Anna, ¿qué te compartieron?, ¿cambió en algo tu forma de pensar el poema?

AE: Fue muy importante para mi investigación haber podido tener esa interlocución con personas que tenían formación académica, pero que también eran artistas en sus propios recorridos de investigación en poesía. Annitta y Alice son poetas que admiro y cada una tiene un camino propio. Annitta es profesora, crítica literaria y poeta, y tiene una trayectoria sumamente consistente de investigación en el ámbito académico, en poesía y filosofía. Ella señaló algunos aspectos importantes en mi disertación que hablaban respecto al desarrollo del ensayo reflexivo sobre la producción de los poemas. Fue un punto importante, un punto de inflexión que distingue el texto poético del académico y para mí tenía todo el sentido. Me llevé ese aprendizaje para el doctorado. Alice es maestra y doctora en Literatura, Cultura y Contemporaneidad y, además de su producción poética, también es editora de poesía. Alice me dio excelentes sugerencias en la cualificación sobre la cuestión de la técnica en la escritura, que acabé desarrollando en el texto final. En fin, fueron contribuciones bastante generosas, técnicas y sensibles. Espero que más escritores y poetas puedan adentrarse en este espacio de investigación.

SER: En México se discute si las becas que otorga el Estado en cierto modo falsean la búsqueda de los artistas y escritores, y los vuelven monótonos y estériles, si el redactar un proyecto, acotarlo,

prometer tantas páginas, algunos temas, mantener un estilo y cumplir un plazo, se contrapone al hecho de experimentar. Me gustaría saber tu opinión, en especial porque encuentro muy poco de tu trabajo de posgrado en el libro de poemas por más que aparece escrito de forma tan racional como en esta lista:

procuré no comparar sino producir relaciones afirmativas entre elementos;
procuré emplear el tiempo presente;
procuré los infinitivos;
procuré un habla al ras a lo cotidiano;
procuré más el plural y el femenino;
procuré, muchas veces, quitar comas y dejar los elementos pegados unos a otros;
procuré antes de esto la indeterminación de un sujeto;
procuré un texto que no olvide que es un texto;
procuré no producir cortes aleatorios (sino cortes que compusieran unidades de sentido
[que, a veces, pudieran ganar nuevas reverberaciones por el propio corte);
procuré observar el ritmo del poema –ya sea para hacer el texto fluir en sí mismo
[o bien para que se estrellara contra sí;
procuré crear condiciones para una performatividad de la escritura;
*procuré entender la danza como procedimiento análogo.**

AE: Creo que este punto es muy interesante. De hecho, un proyecto de escritura literaria no encaja tan bien en los criterios estandarizados para obtener becas de estudio. Elementos como «objetivo», «resultados» y «gestión de datos» parecen no tener

* Estaregui, Ana (2021), *Danza para caballos: un experimento de escritura.* [Tesis (Máster en Literatura y Crítica Literaria)]. Programa de Estudios de Posgrado en Literatura y Crítica Literaria de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, São Paulo. Disponible en: <https://repositorio.pucsp.br/jspui/handle/handle/24211>

ningún sentido dentro de una investigación poética; sin embargo, mientras aún no se crean esos elementos más específicos para este tipo de proyecto es necesario ir tratando de entender cómo navegar en esos universos a partir de los recursos posibles. En esta parte del texto que destacas intenté mapear algunos procedimientos que había realizado en los poemas. En este ejercicio de escribir el ensayo sobre la producción de esos poemas traté de relacionarme con los textos desde adentro y no como si los poemas fueran un objeto externo siendo analizado por mí, tal como lo haría con el texto de otro autor si estuviera produciendo una crítica, con distancia. Mi intención fue escribir de manera más directa, más procesual, manteniendo cierta objetividad, sin dejar de hacer ese movimiento de señalar algunos puntos comunes entre los poemas. En vez de decir «los poemas son sobre esto» preferí escribir «busqué hacer esto o aquello...» y dejar abiertos ciertos aspectos, incluso porque hay cosas que tampoco no sé sobre estos. Siempre es difícil intentar clasificar una producción poética, sobre todo cuando es la nuestra, por eso evité ese camino y busqué una forma de no encajonar las ideas, sino tratar esto con cierta concreción.

SER: Dedicas el libro a la maestra ayahuasca, y yo diría que el tema de *Dança para cavalos* es justo la desaparición del yo (con todo lo que implica) entre la naturaleza, como si la mirada o el pensamiento pudiera ser la de la flor, el río, insectos. ¿Cómo fue tu experiencia de esos *ensinamentos transespecíficos que cruzaram as fronteiras entre espécies?* ¿Y qué tanto se pueden reproducir en la escritura esas enseñanzas al regresar al lenguaje?

AE: Fue Kant quien postuló que no accedemos a la realidad tal cual es en sí misma, sino como nos aparecía y la percibíamos a partir de nuestros propios sentidos. Él convirtió al sujeto el centro

activo en la constitución del mundo conocido y esto fue importante en la época. Por mucho tiempo este paradigma antropocéntrico fue medio imbatible, pero ya desde hace algún tiempo otras formas de pensar el cuerpo, el mundo y las relaciones ha ganado espacio, por ejemplo, los estudios sobre el pensamiento de pueblos originarios o el perspectivismo amerindio. Creo que un punto donde la experiencia ritual y la escritura de poesía se encuentran –además de una especie de desgaste del lenguaje– es en la cuestión de la alteridad y de la percepción de sí, del otro, del ambiente (y del ambiente entendido como una extensión inseparable). La literatura permite ese ejercicio de empatía y de fabulación del otro a partir de personajes, tipos de narradores, etc. La poesía, más específicamente, eleva esto a otro nivel de radicalidad en la medida en que el lenguaje puede ser múltiple, sin sujeto, mezclada con las cosas, indistinta, ininteligible. Tal vez lo que traté de hacer sea un poco eso: llevar a la escritura una especie de desbordamiento de la experiencia ritual donde las cosas se muestran de otras formas. Cuando el cuerpo –y el cuerpo del texto– nos muestra que es posible relacionarse de otras maneras para escuchar al(os) otro(s) es necesario también encontrar formas de desaparecer o mínimo de guardar silencio.

SER: Me gusta cómo tus poemas parten del propio acto de escribir y de una meditación profunda sobre las palabras, el tiempo, las posibilidades y también sobre el peso de lo que no fue posible aterrizar en el poema; el poema es la tensión de lo que es y no es. ¿Cómo vives ese proceso?

AE: Te agradezco por la lectura atenta, Sergio. Veo el poema como ese ring de disputa entre lo que se escribe y lo que se desearía haber escrito. También hay una distancia entre la cosa y la palabra que

no puede ser descartada y atravesada sin la atención de la mirada. Pienso que escribir nunca es un proceso que ocurre a una altitud grado cero. Están presentes siempre los elementos de la palabra, de la lengua, de la época, del lugar, del espacio, de la tipografía y así sucesivamente. Todo esto necesita ser considerado. El poema no puede ser un medio para transmitir un mensaje, sino una forma-fuerza, como dijo Gustavo Silveira Ribeiro en el texto de presentación de la antología que citas. Creo que mi relación con la materia (y la materialidad de las cosas) no me deja nunca olvidar el considerar el aspecto de la forma del poema. En el fondo creo en eso: la discusión sobre poesía es sobre lenguaje y forma, que nunca es neutra.

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

Ana Estaregui (Sorocaba, Brasil, 1987). Graduada en Artes Visuales y maestranda en Literatura y Crítica Literaria por la PUC-SP. Es autora de los libros *Chá de Jasmim* (Editora Patuá, 2014), *Coração de boi* (7letras, 2015) y *Dança para cavalos* (Editora Fósforo, 2022). Aparece en la antología *Uma alegria estilhaçada, poesia brasileira 2008-2018* (Escamandro & Macondo, 2020), de Gustavo Silveira Ribeiro. En 2018 recibió el Prêmio Governo de Minas de Gerais de Literatura en la categoría de poesía. Actualmente realiza talleres de creación poética.

Sergio Ernesto Ríos (Toluca, Estado de México, 1981). Es director de la revista de literatura *Grafógrafxs* y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Publicó los libros: *POE/CIA* (Herring Publishers, 2024) y *El ganador del primer premio del centro de estudios interplanetarios* (Periferia de escribidores forasteros, 2019). Tradujo del portugués: *Poemas* (7letras, 2025) de Heyk Pimenta y *Pasen las legiones con los huesos expuestos + Algunos prefieren batallas perdidas apuntes para una poética de Donizete Galvão* (Viralata, 2024).

Cinco poemas del libro *Tarro de miel y otros poemas*

Leonardo Gandolfi

Antes el río corría

Antes el río corría
y la canción decía
el río corre
antes la hoja caía
y la canción decía
la hoja cae
ningún corazón latía
porque era sólo
el río que corría
y la hoja que caía

Ahora
que el corazón late
la canción dice
el corazón late
pero late
contra otro
porque un corazón
es sólo un corazón
pues dos corazones
son un abismo

Fuego

Los viejos maestros
saben hacer fuego
con las palabras
copio letra por letra
sus textos
sólo para asistir al pacto
que hicieron con la belleza

Casi nunca se engañan
en cuanto al dolor
los viejos maestros
yo miro el fuego
y el fuego
me regresa la mirada
aquí comienza el incendio

Última vez

La última vez
que te vi
no sabía
que sería la última
sólo lo sospechaba
en el fondo
creo justo
no saber
la última vez
que vemos a alguien

aún más a alguien
que amamos
no sé qué es peor
prolongar las despedidas
o no despedirse

Hojas secas

Me divido
en decenas de pedazos
hasta que queden del tamaño
de las hojas secas
que van de un lado
al otro en el patio
ahora flotamos
ahora chocamos contra el muro
ahora flotamos de nuevo
somos un enjambre
es nuestra danza

Algunas

Algunas personas
se fueron
pero aún están conmigo
porque no sé
despedirme

Algunos bares
ya cerraron
pero aún estoy en ellos
porque no sé
dónde está la salida

Algunos poemas
no los escribí yo
son ellos los que
me van escribiendo
por eso no uso punto final

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

Leonardo Gandolfi (Río de Janeiro, Brasil, 1981). Es profesor de Literatura en la Universidade Federal de São Paulo. Publicó *No entanto d'agua* (7 letras, 2006), *A morte de Tony Bennett* (Lumme Editor, 2010), *Escala Richter* (7 letras, 2015), *Robinson Crusoé e seus amigos* (Editora 34, 2021) y *Pote de mel e outros poemas* (Editora 34, 2025), ganador del Prêmio Literário Biblioteca Nacional 2025 en la categoría de Poesía.

Cuatro poemas

Amèlie Martínez

Soy un zapato

he estado
en algunos espejos, cajas
haciendo círculos
sobre manteles de seda
con cuadros rojos y blancos
amontonada de aperitivos y pantallas
o de ramas y bolsas de plástico

perdida
en candelabros
o en escombros
rodeada de mujeres inseguras
o *dedukes* frustrados
no sé dónde estaré mañana
espero que colgada
en algún cable

Mantarraya

te ofrezco
mi diario sin tachones
mis lágrimas contadas
mis nudos de garganta tejidos de anhelos
mi piel sin manchas
mis huesos tronados
mi recetario para tus malestares y placeres
mis pinturas llenas de estrías
mi boca que habla y canta
mis canciones grabadas
mi rizador sin máscara de pestañas
mis pupilas que tanto guardan
mis recuerdos sin manadas
mi saliva cubierta de amapolas
mis manos sin tics

222 – Malhumor

Desde que tengo memoria
poner sillas en la puerta para que no nos robaran.
Fingir no tener hambre.
Leer la biblia en el comedor.

Desde que tengo memoria
Raúl descalzo por todo Tijuana.
Gizel y Javier aún
sin comprar amor.

A veces ni lloraba.
Miraba el techo
y me perdía en los puntitos
de colores que se iban formando.

Supongo que hay cosas
que aunque patalee,
me despelleje,
o me hunda,
se quedan.

Desde que tengo memoria
la quiero perder.

Seres exclusivos

Me gustan los caballos.
Galopan y dan patadas.
Parece que vuelan.
Quiero ser uno,
pero no me tocó

Amèlie Martínez (Tijuana, Baja California, 2006). Estudiante de preparatoria en el Instituto Arangure.

Volviendo a las viejas lecturas

Demian Marín

Cuando era niño, veía a mi padre leer algunos libros que había en casa. Después, cuando crecí y decidí estudiar Letras, volví a ver a mi padre leer los mismos libros de mi infancia. Los leía una y otra vez. Y yo, estudiante de Letras, no lograba entender qué placer podía encontrar en leer lo mismo que ya había leído, en volver a pasar por los mismos episodios, capítulos, ideas plasmadas en cada uno de esos libros, sus libros de cabecera. Para mí, estudiante de Letras, mi padre se estaba perdiendo muchos episodios, capítulos, ideas que poblaban otros libros, algunos incluso mejores que los que mi padre, de manera obstinada, leía una y otra vez.

No entendía esa necedad de mi padre, hasta que yo mismo comencé a hacerlo, a volver a las lecturas que me habían marcado en algún punto de mi vida. Y una de ellas es, precisamente, la que en su momento dejó en mí una huella imborrable. *Tinta china* (Ediciones Heliópolis, 1995) es una compilación de entregas de periodicidad variada a la revista *Vuelta* que durante tres años realizó su autor, Hugo Diego Blanco. *Tinta china* es, también, uno de los libros que podría considerar como pilares de mi propia escritura.

En este libro, de carácter ensayístico, el autor explora las diversas aristas del pensamiento, la literatura y la cultura de aquel país del Lejano Oriente que tan enigmático nos ha parecido a los occidentales. A través de 32 escritos, algunos más poéticos, otros más narrativos, Blanco nos lleva a un viaje de ida y vuelta, en el que describe con palabras certeras la esencia de China, tanto la actual como la milenaria (viaje de ida), al tiempo que dialoga con grandes autores de la talla de Goethe, Elizondo, Canetti o Durrell, quienes en su momento tuvieron esta fascinación compartida por la literatura de aquel país y plasmaron en sus escritos un poco de esa tinta china, indeleble y poderosa (viaje de vuelta).

Con la lectura de *Tinta china*, el lector llega a preguntarse hasta dónde se puede avanzar, con qué profundidad se puede escarbar para entender una cultura tan compleja como la china. Para muchos, esta complejidad ha sido catalogada como «sabiduría». «No logro llegar a entender esa "sabiduría" china», dicen quienes se enfrascan en los escritos provenientes de las tres corrientes filosóficas: el budismo, el taoísmo y el confucianismo; corrientes que, por cierto, tienen mucho más en común de lo que conocemos en Occidente. Para el autor de *Tinta china*, esta supuesta «sabiduría» podría ser, simplemente, una forma de vida, una cosmovisión no compartida, a la cual nosotros, alejados por completo, nos hemos dado a la tarea de bautizar como «sabiduría», por no contar con otra palabra.

En suma, el libro es una delicia de principio a fin. Digno de ser leído y releído. Con cada relectura, nuevas ideas van surgiendo, y el paisaje nublado se va haciendo cada vez más nítido con los trazos que Blanco deja en cada texto ensayístico de los que conforman este libro.

Demian Marín (Toluca, México, 1979). Licenciado en Letras Latinoamericanas por la UAEMéx. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, en narrativa (2009-2011), y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en cuento (2013-2014). Es autor de *Tierra Central* (Editorial La Rana, 2015), *Cuentos cangrejos* (Diablura Ediciones, 2015) y *Sueños de humo* (Ediciones de Autor, 2019). En 2014 obtuvo el XXIII Premio Nacional de Cuento «Efrén Hernández», y en 2024, el Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí «Amparo Dávila», por *Historias corporales*.

Ahora lo ves, ahora no lo ves

Lolbé González

La última ocasión en que nos encontramos me dijo «estás lista para hacer el truco que te sale mejor: desaparecer». Sé, porque nos conocemos desde hace tantísimos años que no estaba tratando de herirme ni de impresionar a nadie con retóricas. Pasó lo que pasa cuando alguien atrapa una verdad al vuelo y la apalabra. Surge el tipo de diálogo que se ubica en las antípodas de una plática de elevador. Lo dicho me sigue por días, tal como lo hace mi perro, sin prisa ni anhelo, por toda la casa y hasta en el baño.

Durante mi infancia sentí gran fascinación por los magos. Fue ese un padecimiento noventero que los más jóvenes difícilmente conocerán. Ya casi no hay magos en las fiestas de los chicos. Yo creía en la magia y mi razonamiento era simple: los padres prohíben las mentiras. Si el truco fuera mentira, pensaba, alguien se levantaría en algún momento de la fiesta para evidenciar al mago en sus fraudes.

En una de esas fiestas le tocó a mi prima ser ayudante del mago y vi con mis propios ojos cómo le extraían del interior de la oreja un largo y colorido pañuelo. Esperé, esperé, casi disimulando mi impaciencia, hasta el día siguiente. En el desayuno, *cornflakes* con plátano, le pregunté si le había dolido lo del pañuelo. «Es de mentis», me dijo. La supe entonces del lado de

los adultos en una alianza de la que yo había quedado excluida hasta entonces.

Lo de la verdad y la mentira es un criterio dinámico. Muta en la medida en la que se amplía o reduce el radio de análisis de las cosas y de la disponibilidad de datos. Ahora una verdad, ahora una mentira. Creí haberlo aprendido en la infancia y sin embargo me sorprende cada vez como si se tratara de un truco nuevo. La misma indignación, el mismo asombro, pero una novedad: a veces yo también soy el mago.

Lolbé González (Mérida, México, 1986). Maestra en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Yucatán. Es docente en la licenciatura en Lengua y Literatura Modernas de la Universidad Modelo. Es autora de *Quiscalus mexicanus* (Grafógrafxs, 2022).

Hielo seco, escarcha negra

Daniel Malpikka

A más de una década de vivir en la ciudad de Helsinki, en Finlandia, me vienen dos reflexiones:

1. Este no es el mejor momento, ningún momento lo es.

2. Vivir fuera y volver es venir de otro tiempo, es hablar en lengua extraña.

Visitar México los primeros dos meses de 2025 significó para mí volver a estar expuesto a un acordeón de voces increíbles, de sensibilidades desmesuradas, de amistades irremediables y, también, de muertes ilegibles:

Primeramente, porque la desafortunada partida de Horacio Warpola me dio la oportunidad de presentar, por primera vez en 11 años, al *Meth Z*, de Gerardo Arana, en Puerto Vallarta, un libro que pudo ver su realidad impresa a consecuencia de una voluntad grupal, en medio de una deuda jamás saldada, donde Horacio y yo podíamos finalmente sentarnos a beber mezcal y leer los poemas nunca escritos por Pegaso Zorokin.

En segundo lugar, porque la partida de Horacio me abrió la puerta a lecturas y gente maravillosa. Allí pude reiterar el valor de las palabras dentro de ese relato compartido que es la poesía, donde los versos que se escriben son también una constelación de amistades. En Puerto Vallarta descubrimos a las ballenas del

texto, vistas desde los ventanales apolillados del Oxxo más bello del mundo. Los arcos del malecón y su anfiteatro presenciaron un funeral poético, y el canto de las ballenas fue la voz de las niñas y ancianos que se enfilaban a leer 301 versos para reiterar a Horacio.

Muchas cosas más pasaron en este viaje. Pero estando ya de vuelta en Helsinki, a -17 grados, escribiendo este texto, viendo desde mi ventana cómo el tranvía escarcha y oscurece la nieve con su paso, decido terminar esta contribución inaugural a *Grafógrafxs* con un fragmento de la traducción inédita del libro *Lemmonommel*, escrito por un poeta y amigo finlandés, la cual he venido trabajando desde hace más de un año:

Olli-PekkaTennilä[*]

Cuando se leen poemas de amigos o de quien sea, lo prudente es, como Trevelyan, comenzar con una afirmación: *este no es su mejor texto.* No porque se evite someter a evaluación el gusto propio, sino, por el contrario, dando espacio a la valoración individual del oyente como una pauta a la posibilidad de estremecerse, a la posibilidad de develarse. Porque si el sensor ha determinado el sitio, tan sólo nos queda la negación, la concesión o el inflamiento. Pero si un texto, casi cualquiera, en su mejor forma nace de una lectura, de un momento, de una conversación, puede entonces transformarse en algo a lo que uno regresa: un amanecer que, al surgir, ilumina la región por completo. No de inmediato, paulatinamente.

* Olli-Pekka Tennilä (Jyväskylä, Finlandia, 1980). Es poeta y director del sello editorial finlandés Poesia. Obtuvo el Premio Nacional Runeberg de Literatura, 2013.

Kun luette hänen runojaan ystävillenne tai kelle hyvänsä, on viisainta aloittaa, kuten Trevelyan, toteamalla: *tämä ei ole hänen parhaitaan.* — Ei sen vuoksi, että välttyisitte asettamasta omaa makuanne arvioitavaksi, vaan päinvastoin jättääksenne kuulijalle tilaa tehdä arvionsa. Tulla liikutetuksi tai löytäneeksi. Sillä jos sensori on jo määrittänyt sijainnin, on tilaa enää myöntää, kiistää tai paisutella. Sen sijaan, jos kyseessä on jokseenkin mikä hyvänsä teksti, saattaa luennasta, hetkestä ja keskustelusta parhaimmillaan suketua sellainen, johon aina myöhemmin viitataan kuin alkuperään: aamu jolloin se nousi valaise- maan koko tienoon. Ei heti, mutta ajan oloon.

18.02.2025, Punavuori, Hki.

Daniel Malpikka (Ciudad de México, 1988). Poeta, diseñador gráfico, editor y artista multimedia radicado en Helsinki desde 2013. Fue editor de la revista *Radiador* y miembro de la junta directiva del PEN de Finlandia. En los últimos años su trabajo se ha centrado en el desarrollo de literatura transmedial y experimentos con tecnología.

Escribir en casas ajenas

Ismene Venegas

Jueves 27 de junio de 2024, 6:26 p.m.
Temperatura de aire: 22° C (máxima del día 24°, mínima del día 18°).
Temperatura del agua: 17° C.
Marea: bajando (bajamar 8:28 p.m.)
Color del mar: predominan el azul rey y el turquesa.

Encontré un paté francés de cabeza de cerdo en el refrigerador de la casa que estoy cuidando. Luego de haber consumido más de la mitad del contenido del frasco observé en la tapa metálica (que está un poco oxidada, por cierto) la fecha de consumo preferente escrita en francés: tuvo lugar hace seis años. Sin rastro de olores ni colores extraños, el paté está exquisito. No he caído fulminada por la neurotoxina de alguna bacteria silenciosa alojada dentro de la conserva que me estoy comiendo. Por si las dudas, me dispongo a abrir la computadora para ponerme a trabajar el texto pendiente.

No tengo rituales para escribir, pero iniciar me cuesta trabajo. Algo parecido me ocurre justo antes de entrar al agua de este mar, que es frío y tiene la orilla rocosa. Es un sobrepensar paralizante alrededor de la transición de un estado a otro: de cálido a frío, de seco a húmedo, de la idea al texto. Me tardo en convencerme de entrar al agua, a pesar de que sé que una vez adentro la voy a pasar bien.

A veces me he quedado en la orilla al calor del sol y del intento. Me he tardado hasta más de media hora en meter el cuerpo entero. Empiezo mojándome los pies. El nivel del agua llega a los tobillos, y el frío me trepa por la espina dorsal crispándome el cuerpo. El suelo inestable de canto rodado lo hace todo más complejo; camino despacio detenida de las grandes rocas del espigón que flanquea la marina del hotel contiguo a la playa. Desde ahí avanzo poco a poco, tratando de adaptarme a la temperatura helada del mar. Cuando el agua alcanza la altura de la cadera, finalmente me sumerjo. El choque térmico me hace hiperventilar por algunos segundos y entonces el cuerpo ajusta su termostato, la respiración se estabiliza y a partir de ahí todo es diversión. Pero alcanzar ese punto implicó atravesar un preludio de ansiedad y sufrimiento. Creo que algo parecido me pasa con la escritura.

Mientras escucho el golpeteo suave y constante del mar en la orilla rocosa, le escribo a Abril para que al menos alguien se entere de lo que me pasó si muero a causa de la bacteria en el paté que me sigo comiendo. Ella se preocupa. Yo me preocupo ligeramente por no tener ninguna prisa para ponerme a salvo. ¿Significa eso algo? ¿Debo poner atención a mi nulo interés por mantenerme viva? Más bien creo que si estuviera contaminado el frasco, la neurotoxina ya habría acabado conmigo, y como no siento nada creo que no corro riesgo. A través de las ventanas de doble vidrio puedo ver a las olas romper: la espuma se azota cremosa en las rocas para desaparecer instantes después.

Iniciar el texto me cuesta trabajo. Siento que no tengo la disciplina de la escritura y me escabullo con facilidad de la tarea hasta que la presión por entregar el escrito me consume. Es una práctica que me provoca un malestar innecesario, pero que invariablemente transito antes de derramarme en el texto. Como entrar a tientas al mar desde las rocas del espigón. Cuando estoy ya dispuesta a sen-

tarme a escribir, me desvío en las distracciones cotidianas: ordenar el escritorio y la ropa que inunda la silla, separar la que está sucia de la limpia, doblar la ropa o hasta echarla a la lavadora. Una vez, cerca de la pleamar, el mar rompía violento contra el espigón y, aunque estaba detenida de las rocas, el impulso de la ola me hizo perder el equilibrio: de golpe me sumergí apenas a unos instantes de haberme mojado los pies. Odio que así sea, pero hasta ahora la fecha de entrega es la única motivación que ha mostrado el ímpetu de esa marea violenta. La angustia es tal que logro arrojar la ropa al suelo sin culpa y me siento a trabajar; el termostato se ajusta rápido a la temperatura del agua y a partir de ahí todo es escribir. ¿Qué necesidad de sufrir por el texto que no me pongo a escribir? Una vez sentada y concentrada pareciera que el texto aguardaba el momento en las yemas de los dedos. Las ideas y las palabras fluyen, los párrafos toman forma. Al avanzar, la tarea se torna menos angustiante, más divertida y vertiginosa: cortar aquí, borrar acá, cambiar esta palabra por otra, pulir y sacar brillo.

Cuando los amigos salen de la ciudad y me encargan su casa, las plantas o sus mascotas encuentro un refugio para la escritura en el que las distracciones no son tan avasalladoras. Hay algo en el espacio ajeno que disminuye el ruido sordo del sobrepensamiento. En general, el escritorio o la mesa donde me siento a trabajar están recogidos o bien su desorden no me genera ansiedad. Apilo cosas hasta hacerme un espacio; la temperatura del agua no plantea un dramático choque térmico, como si un traje de neopreno me protegiera. Mientras que una neurotoxina no acabe conmigo, escribir en casas ajenas parece hacer más asequible la labor.

Ismene Venegas (Ensenada, México, 1977). Es licenciada en Gastronomía por la Universidad del Claustro de Sor Juana. Publicó *Plantas nativas comestibles de Baja California* (Culinary Art School, 2018), en coautoría con Paula Pijoan y *Lengua partida* (Grafografxs, 2021).

Como una corza perdida / por los cotos de tus gestos

Sergio Ernesto Ríos

En el infinito Brasil musical de 2024, dos discos apostaron por una resistencia con miradas opuestas, el animal bicéfalo Río-São Paulo, sueño siamés con una cara al futuro inclasificable y otra al pasado. ¿Podemos entender así *Acelero*, de Crizin da Z.O. (QTV Label), en oposición a *Maria Esmeralda* (Sujoground), del quinteto formado por Thalin, Cravinhos, VCR Slim, iloveangelo y Pirlo?

Imagino *Acelero* como ópera decadente de un siglo fluctuante entre la derecha militar & nacionalista y sus ejercicios de control y arrasamiento contra una elegía difusa hacker (el fantasma del postfunk, ¿existe el postfunk?) y la posibilidad del ruido colectivo, guerrilla urbana a favor de toda distorsión y borramiento consciente frente a la saturación del blanqueamiento postpunk en todas las sopas culturales. *Acelero* como ritual pagano de balas perdidas contra el cielo, y en el cielo una epidemia de buitres-drones. Esa es su velocidad.

Mientras, *Maria Esmeralda* es un disco íntimo, anecdótico, literario, retrato familiar (cómo no recordar a una abuelita viciosa poseída por alguna telenovela estelar y esos amores de fantasía con diálogos de una grandilocuencia exquisita), con capas de arte y cultura popular que encuentra su originalidad en las voces del pasado, en el anacronismo como emblema de un São Paulo arrasado, víctima de sus ficciones de modernidad,

de urbe desbordante, de nido de rascacielos volátiles. Y debajo, otra ciudad, sentimental, parva, cándida, cursi y verde y llena del amarillo color del sol. Como en los mejores discos de *hip hop* y rap, existe la sensación de que la parte soñada es obra del azar, el arte como una fiesta fortuita de amigos cuando unos músicos quedan atrapados en un estudio y se ponen a componer para matar el tiempo. Así nació *Maria Esmeralda*. Y yo pondría al centro la aparición de Marília Medalha —una famosa cantante octogenaria contactada por Thalin para colaborar en el álbum— leyendo el poema «Lúdica». Ese es el tono del disco, vencido sólo en apariencia por esa nada invisible del tiempo. «Lúdica» es un poema inédito escrito por Marly Medaglia, hermana de Marília. ¿Qué azar se conjuró para que llegara a nosotros? Me ha sido irresistible traducirlo.

Lúdica de Marly Medaglia

Yo te amo, mi amor,
con un amor que se va.
Un amor que ceba al mundo
que cuando ríe, llora.

Yo te amo, mi amor.
Es amando a quien tú amas
que a mí, poco me importa
si te acuestas en otra cama.
Pues cuando me piensas, eres mío.
Y cuando me doy a la vida
me doy a ti, dividida.

Nuestro amor en el aire yo siento,
en el satín solar de la piel
perfumada de absinto.

No sé si quiero que vengas.
A veces, quiero; me escondes
como una corza perdida,
por los cotos de tus gestos.
Y cumplo entonces despedidas,
me alejo entre andante y presto.

No quiero ser como el sol
en la silla que decolora.
Mejor es ser cazador
por la noche madre-de-la-aurora.

Amor joven que pasa,
toca como tonto el timbre,
sale corriendo, se larga,
inventa el amor con la vecina.
A ver si sales de esta, ahora:
Yo te amo, mi amor.
Yo te amo es yéndononos

Libros y lecturas

María Eugenia Rodríguez Parra

1. ¿Qué representa para ti un libro?
Una parte integrante de la vida.

2. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?
Fausto Ramírez, Elisa Vargaslugo, Ida Rodríguez Prampolini, Clara Bargellini, Jorge Alberto Manrique, George Kubler, Ernst Gombrich y Erwin Panofsky.

3. ¿Qué te han regalado los libros?
Todas las sensaciones del mundo desde las más emotivas hasta las más reflexivas.

4. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?
Por los libros que nos dejaban leer en la Prepa 1 de la Universidad Autónoma del Estado de México.

5. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?
Pinocho.

6. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?

A partir de la preparatoria unitarias, todo Julio Cortázar, todo García Márquez, todo Vargas Llosa. Años después y hasta la fecha muy variados autores indistintamente.

7. ¿Qué libros has releído?
Rayuela y *62/Modelo para armar* de Julio Cortázar*; La casa verde* de Mario Vargas Llosa y *El coronel no tiene quién le escriba* de Gabriel García Márquez.

8. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?
No sabría decir de cuántos libros está compuesta mi biblioteca, pero la gran mayoría son de arte.

9. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?
Son varios, pero uno de ellos son los cuentos de los Hermanos Grimm, porque no tratan a los niños desde una postura adultocentrista.

10. ¿Qué significa para ti publicar un libro?
En realidad, no mucho.

11. ¿Con qué autores te nutres actualmente?
La biografía de Ángela Merkel y *El elogio de la sombra* de Junichiro Tanizaki.

12. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?
Todos aquellos que dogmatizan en lugar de permitir pensar.

María Eugenia Rodríguez Parra (Toluca, Estado de México, 1950). Profesora de tiempo completo en la Facultad de Humanidades de la UAEMéx, maestra en Historia del Arte por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Áreas de interés: historia del arte mexicano; arte sacro novohispano; teoría y metodología en la historia del arte. Cuidado, conservación y protección del patrimonio artístico cultural en el Estado de México y en el país.

Libros y lecturas

Silvia Carolina Esquivel Berrios

1. ¿Qué representa para ti un libro?
Para mí, un libro representa una posibilidad o una serie de posibilidades. Es esta entrada a diversos mundos en los que puedo abstraerme de mi propia realidad para conocer un cosmos que puede funcionar de manera distinta a lo que conozco, pero que soy capaz de comprender en el momento en el que decido ser parte de ello a través de mi experiencia con la lectura.

2. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?
Si tuviera que nombrarlos por las épocas o etapas en las que llegaron a mi vida sería: César Vallejo, Vicente Huidobro y Fernando del Paso. Aunque, me atrevo a mencionarlo, mi verdadera pasión por la literatura despertó gracias a este último autor. En él encontré una naturaleza caleidoscópica que no deja de parecerme fascinante y enigmática cada vez que me acerco a sus obras. Tanto así que he dedicado gran parte de mi vida académica a su narrativa.

3. ¿Qué te han regalado los libros?
Creo que esto va muy de la mano con la primera pregunta. Me gusta pensar que cada vez que me adentro en una nueva lectura descubro algo distinto que se me ofrece, no sólo para entender aquello que estoy leyendo, sino para conocerme a mí misma.

Soy una fiel creyente de que, a través de las inclinaciones que una persona tiene sobre determinado libro o texto, hay mucho que se puede saber de esa persona.

4. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?
En este punto siempre me gusta ser demasiado sincera porque mi acercamiento con la lectura y, específicamente, con la literatura, fue bastante tardío. En mi infancia, ya sea por ciertas condiciones sociales o por la forma en la que crecí, no tenía esa pasión por tomar un libro y dedicarle cierto tiempo a un texto.
Creo que, en el fondo, catalogué el acto de la lectura como una obligación, más que como un medio recreativo. Entonces, cuando llegó el momento de saber qué quería hacer con mi vida antes de finalizar los estudios de bachillerato, me encontré con una encrucijada. «¿Qué es lo que deseo para mi futuro? ¿Qué es lo que me apasiona?», eso era lo que pensaba constantemente.
Soy una persona que difícilmente puede dedicarse a una actividad si no tengo al menos una motivación que me permita ver con buena cara lo que haré. Así que, podría decirse, la lectura llegó a mi vida cuando más consciente y angustiada me sentía sobre mi futuro. Para mí, entrar a este mundo fue por completo una decisión propia. Y pienso que, a pesar de que me demoré en ser parte de ello, me gusta recordar que empecé por mero gusto. O porque, tal vez, estaba destinada a que así fuera como descubriera una pasión que sé que me durará toda la vida.

5. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?
Como dije, ya que no estaba tan adentrada en el mundo de la lectura, me es difícil recordar una lectura que tuviera ese efecto sobre mí. Pero un libro que tengo muy presente, seguramente

porque fue parte de mi adolescencia, es *El principio del placer* de José Emilio Pacheco.

6. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?
Me gusta dedicarle el tiempo a cada lectura. Pienso que así puedo estudiar y comprender los textos según la autonomía que tienen por sí mismos.

7. ¿Qué libros has releído?
La novelística de Fernando del Paso. Es decir, *José Trigo*, *Palinuro de México*, *Noticias del Imperio* y *Linda 67*. Son textos a los que siempre vuelvo. Curiosamente, cuando me acerco a ellos se siente como descubrir algo distinto en cada lectura. Es fascinante.

8. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?
Mi biblioteca física está compuesta de, aproximadamente, noventa a cien libros. Mi selección está dividida entre libros sobre teoría literaria, mitología y literatura latinoamericana. Tengo una pequeña sección dedicada a literatura infantil.

9. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?
Uno de los textos que más impresión ha dejado en mí es *Altazor*. Durante la época en la que conocí a Huidobro estaba muy apegada a las obras de vanguardia, así que acercarme a este poema fue una verdadera revelación.

10. ¿Con qué autores te nutres actualmente?
Recientemente estoy muy apegada a la novela histórica con autores como Ignacio Manuel Altamirano, Mariano Azuela, Juan Rulfo, Fernando del Paso y Nellie Campobello.

11. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?
No hay como tal un tipo de libros que me genere este sentimiento. Me considero demasiado curiosa y abierta a conocer cosas nuevas. En tal caso, lo que sí podría sucederme es que me aburra por cierto contenido, pero depende demasiado del texto en sí.

Silvia Carolina Esquivel Berrios (Toluca, Estado de México, 1996). Licenciada en Letras Latinoamericanas por la Universidad Autónoma del Estado de México. Sus investigaciones giran en torno a las representaciones femeninas en la literatura mexicana y a la obra narrativa de Fernando del Paso.

Libros y lecturas

Iliana Olmedo

1. ¿Qué representa para ti un libro?
Todo libro es una promesa, la expectativa de una conmoción y una sorpresa. Un espacio que puede convertirse en un tesoro, un secreto o una revolución. También es un lugar al que volver, como una amistad añeja. Leer siempre es dialogar con otros, escuchar y aprender, ya sean visiones de mundo distintas o confirmaciones de miradas semejantes, un libro te tiende la mano y te espera hasta el momento en que decides adentrarte en sus páginas. Por eso hay libros de cabecera, de consulta, de viaje, de autoayuda, de texto…

2. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?
Siempre empiezas siendo un lector y luego, más tarde, cuando la literatura ya te ha herido —en el sentido de que ser un asiduo a la literatura te convierte en un *lletraferit*, que en catalán significa *instruido*, pero que literalmente significa herido por la letra—, te conviertes en autor, decides escribir tus propias historias. Tres autores me incitaron a dar el salto de la lectura a la escritura, el primero fue Carlos Fuentes, a quien siempre he considerado un faro y, por supuesto, mi maestro. Desde su primer libro de cuentos, *Los días enmascarados*, que además publicó jovencísimo, realiza un análisis excepcional de la realidad mexicana y de la forma en que nos enfrentamos a nuestras contradicciones culturales,

las cuales arrastramos desde nuestro pasado colonial. A lo largo de toda su obra ahonda en estas divergencias y cómo se han ido construyendo históricamente.

Así como Carlos Fuentes me ayudó a definir mi identidad social, el escritor israelí Amos Oz me convenció de que todas las historias merecen ser contadas. Con sus novelas, que son profundamente personales, me dio herramientas y seguridad para trazar mis relatos. Sobre todo, con su novela *Una historia de amor y oscuridad*, que es una suerte de autoficción en la que ronda la pregunta acerca de la causa del suicidio de su madre.

En último lugar, debo mencionar a la escritora española, Luisa Carnés. Ella nació en Madrid en 1905 y al terminar la guerra civil se vio obligada exiliarse a México, lugar donde murió en 1964 en un accidente en la carretera de Toluca. Al investigar acerca del exilio descubrí a esta narradora que con sus primeras novelas había tenido un amplio éxito antes de la guerra, pero que en el exilio fue olvidada. Así que dediqué mi tesis doctoral a rescatar su figura y su obra para reubicarla en el panorama literario tanto de México como de España. Al estudiar la trayectoria de Carnés y su trabajo, noté que existía una cultura femenina que había sido excluida de la historia de la literatura. No solo se eliminaba una identidad, sino todos sus temas y preocupaciones que, incluso, eran cancelados con categorías estables, como es rosa, es cursi, es femenina. Conocer estos modos del sistema cultural me permitió afirmar mi identidad como mujer a la hora de escribir y conseguir, finalmente, una autorización como creadora.

3. ¿Qué te han regalado los libros?

Leer me transformó. Soy una persona extremadamente tímida, es más, cuando era niña, la escuela les pidió a mis padres que me llevaran al psicólogo para que desentrañara la causa por la que no

hablaba. La verdad, prefería escuchar. Como estaba aislada y tenía muy pocos amigos, de manera natural me acerqué a los libros, que pronto se convirtieron en mi refugio. Fueron mis interlocutores. Después, al conocer a otros lectores o estudiar literatura en la universidad, me dieron pertenencia, ya que me incluían dentro de un grupo que también leía, que intercambiaba lecturas y libros. Esa emoción de pertenecer a una secta especial la he afirmado varias veces después, cuando me han dado becas de escritura, por ejemplo, o cuando he dado talleres de creación. Es una sensación muy feliz.

Empecé a leer en serio a los diez años y desde entonces no he parado. Para mí leer forma parte central de mi identidad y le da sentido a mi vida. No me imagino de otra manera.

4. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?

Empecé a leer y a escribir muy joven, y mis primeros acercamientos a la literatura fueron de obras literarias infantiles, los grandes clásicos: Perrault, Andersen o los hermanos Grimm. Después encontré a Verne, Salgari, Ende, May Alcott. Empecé con *Mujercitas* y con mi mejor amiga de entonces, Nuria, leímos toda la saga. Teníamos nuestro miniclub de lectura de dos integrantes. También exploré el librero de mi casa y encontré a Herman Hesse que, en ese tiempo, principio de los años noventa, estaba muy de moda. Mi papá atesoraba estas novelas en lo más alto de la estantería. Leí *Bajo la rueda* a los once y, aunque estoy segura de que no la comprendí en su cabalidad, recuerdo bien que me identifiqué mucho con el protagonista y lloraba a mares mientras presenciaba su caída en desgracia. Luego hice varias lecturas temerarias, como *Rebelión en la granja*, de Orwell, que me llamó la atención porque sus protagonistas eran animales —de hecho, ilustraban su portada—, pero ahí sí tuve que pedirle ayuda a mi papá para entender bien a bien los asuntos que abordaba.

5. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?

Soy una lectora asidua de *Momo*, de Michael Ende. Es un libro al que regreso constantemente. De hecho, entre mis aspiraciones como escritora siempre tengo al final del camino la obra de este narrador alemán. Me atrevo a confesar que busco causar en los lectores el mismo efecto que esta novela causó en mí. Su idea de que existe un mundo donde los hombres grises se nutren del tiempo que roban a las personas me ha rondado la cabeza desde el momento en que la leí. Para mí es la alegoría perfecta de nuestra realidad actual, en este mundo regido por el mercado, la compra y venta, la velocidad, la ley del *fast food*, del *tik tok*, el tiempo es nuestro valor más preciado. Hay que detenernos a observar cómo estas prácticas capitalistas determinan nuestra cotidianidad y oponernos a ellas.

6. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?

Me gusta ser una lectora aleatoria, trato de explorar diferentes estilos, latitudes, lenguas y momentos históricos. Siempre estoy atenta a los autores raros, que se mueven en los márgenes del canon o en las periferias del mundo editorial, no obstante, soy una lectora fiel a mis autoras y autores de cabecera. Regreso constantemente a mis viejos conocidos. Sé que ellos no me van a fallar. Todavía me quedan un par de libros de Fuentes a los que no les he hincado el diente, que descansan en la estantería a la espera del momento en que llegue a ellos. Los estoy reservando para no agotar toda la bibliografía de este autor que tanto admiro. Este acto yo lo veo como un esfuerzo por no dejar que se cierre una amistad. De igual manera, de *Harry Potter*, que hemos leído con nuestra hija en casa desde el volumen uno, hemos reservado los dos últimos tomos, porque no queremos agotar la saga.

7. ¿Qué libros están presentes en los tuyos?

La literatura, como la investigación académica, se construye en comunidad, a través de tradiciones que se heredan o se comparten, así que estoy segura de que en mis libros debe haber muchas influencias, como diría el crítico Harold Bloom, pero no podría precisar cuáles de ellas tienen mayor peso. Pienso que las novelas de Luisa Carnés tienen, sin duda, un lugar y que mi visión histórica proviene de Fuentes. Así como de mi maestro Carlos Montemayor. Tuve el honor de ser becaria del Centro Mexicano de Escritores bajo su tutoría y de las mayores enseñanzas que aquel año me dejó fue que la documentación enriquece la narrativa y que ser escritor significa, ante todo, ser riguroso a la hora de escribir.

8. ¿Qué libros has releído?

Por razones laborales he tenido que leer muchas veces la obra de Luisa Carnés y cada vez que me acerco a sus novelas encuentro algo que me sorprende. *Tea rooms*, su novela más conocida, que ha sido reeditada recientemente por la editorial Hoja de lata en España, muestra el día a día de varias empleadas de una cafetería. A través de este mosaico conocemos la situación de la clase obrera femenina previa a la guerra civil y cómo este escenario era el caldo de cultivo para lo que ocurriría un par de años después.

También vuelvo sobre novelas que considero me serán útiles para desarrollar proyectos específicos de escritura o que mi esposo y yo queremos compartir al mismo tiempo para contrastar opiniones y puntos de vista. Hace poco releí *Cien años de soledad*, una novela que había leído a los dieciocho y que, a pesar de ser tan popular y conocida, no tenía tan fresca. La relectura se convirtió en una suerte de regreso a un lugar donde fui feliz. Recordé varias situaciones y personajes que atesoraba, me cautiva el caso

de Remedios la bella, y descubrí otras, como el personaje de Camila Sagastume, alías la Elefanta, la maestra de canto que vence a Aureliano Segundo en un duelo gastronómico.

9. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?

Como ya he dicho, yo solía ser una lectora de bibliotecas. Viví diez años en Barcelona, donde hice mi doctorado, y no podía comprar muchos libros, porque sabía que en algún momento iba a volver a México y no podría llevármelos. Con todo, traje 27 cajas de allá, todas llenas de libros y tuve que dejar ocho. Cuando me establecí en México empecé a construir una biblioteca en forma, pero ésta se multiplicó en el momento en que conocí a mi esposo, el escritor Vicente Alfonso. Empezamos a vivir juntos y reunimos nuestros acervos. Un par de años después, cuando nos casamos, decidimos hacerlo por *biblioteca mancomunada* y, de hecho, el día de nuestra boda regalamos a los comensales los ejemplares que teníamos repetidos. Así que tengo el privilegio de contar con una biblioteca más grande de lo que quisiera —tenemos libros en el baño, en el armario y hasta en la cocina. La verdad no los podría cuantificar. Ahí es posible encontrar una sección de poesía, otra de ensayo, estudios literarios e históricos y una de crónica, pero lo que predomina, como se infiere, pues somos novelistas, son las novelas, que organizamos en las siguientes secciones: mexicana, negra, del exilio, en inglés, francesa, latinoamericana, española y miscelánea. En cada una hay grandes bloques de ciertos autores. Mencionaré aquellos de los que, por lo que veo desde aquí, tenemos colecciones más extensas: Woolf, Fuentes, Oz, Poniatowska, Montemayor, Solares, Carnés, Cercas, Rodoreda, Lavín, Leñero, McCullers, Mendoza, Faulkner, García Márquez, Vargas Llosa, Twain, Revueltas, Campbell y Garibay.

10. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?
Mentiría si hablara solo de un libro que me ha impresionado, pero sí puedo mencionar una de las novelas más ambiciosas del siglo XX mexicano que mayor huella me ha dejado: *Terra nostra*, de Carlos Fuentes. Es un texto cuya premisa busca demostrar cómo la construcción histórica de México nos condujo al punto en el que estamos ahora. Una realidad que parece inamovible, pero que se puede transformar en la medida que tengamos conciencia de estas formas que han perfilado al país a través de los siglos. Para esto sirve la literatura (en caso de que sirva).

11. ¿Qué significa para ti publicar un libro?
Para mí publicar siempre ha representado un reto. Nunca sospeché que la profesión de escritor exigiera tanto contacto social. Pensaba que ser médico, por ejemplo, exigía tener trato cotidiano con los pacientes, mientras que ser autor te permitía estar encerrado en único diálogo con textos escritos. ¿Cuál sería mi sorpresa al descubrir que parte fundamental de ser escritor es exponer tus puntos de vista en diferentes foros? Y no solo eso, sino que debes impartir cursos, opinar, dar charlas, presentar tus libros, todas estas tareas necesarias en el proceso literario. Además del punto de inicio: publicar, es decir, dar a la gente, hacer públicos, tus escritos. Desde mi timidez, he tenido que superar mi temor a dar a conocer mis textos, en primer lugar, porque si pretendía vivir de la escritura, necesitaba entrar al sistema editorial y, en segundo, para construir vínculos con los lectores. De esta manera, he podido comprobar que parte central de la creación es el diálogo con el otro. Diálogo que no sucedería de no ser por la publicación. Así que lo veo como un mal necesario, más necesario que mal.

12. ¿Con qué autores te nutres actualmente?

Acabo de terminar *El diablo en el cuerpo*, publicada por primera vez en Francia en 1923 y editada recientemente por la Secretaría de Cultura en México con una traducción del académico Héctor Vizcarra. Es una novela excepcional, que sorprende desde la primera línea. Narra la historia de François, un adolescente que seduce a Marthe, una mujer mayor casada, y los pormenores de su relación destructiva en el contexto de la primera guerra mundial. Yo no conocía a Raymond Radiguet. La única referencia con la que contaba es que se encontraba entre los favoritos de Federico Campbell, que fue maestro de mi esposo. Como soy una autora que explora las primeras etapas de la vida, Vicente me recomendó esta novela para que me ayudara a entender la psicología de este momento de formación, en el que se mueven varios de mis personajes, que es la adolescencia. Esta novela resultó ser un auténtico hallazgo. No solo por la riqueza del libro, cargado de reflexiones sobre la naturaleza del amor, más parecido a la crueldad que al afecto, y sobre la concepción de masculinidad, asociada con el dominio y la sumisión de las mujeres, sino también por la biografía de su autor. Radiguet publicó solo tres novelas, fue amante de Cocteau y murió a los veinte años. Ahora que escribo esta respuesta, caigo en cuenta de que una recomendación de lectura también propicia un diálogo con las personas que te lo recomendaron. Conversación que puede ocurrir incluso *post mortem*.

También estoy leyendo la obra completa de Mercè Rodoreda para emprender un proyecto que traigo entre manos.

13. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?

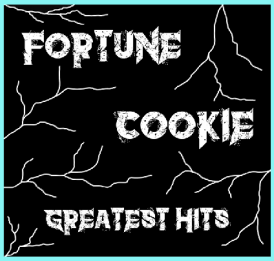
Trato de ser una lectora curiosa y tenaz, pocas veces he dejado inconcluso un libro, pero debo confesar que he abandonado un

par de novelas de autores mexicanos contemporáneos por su falta de habilidad narrativa. Me parece que en estos tiempos hay muchos libros que se publican de manera precipitada y que de haber estado más tiempo en el horno tendrían mejores resultados.

Iliana Olmedo (Ciudad de México, 1975). Es doctora en Filología Española por la Universidad Autónoma de Barcelona y forma parte del Grupo de Estudios del Exilio Español (GEXEL) de la misma universidad. Realizó estancias posdoctorales en el Instituto de Investigaciones Filológicas de Universidad Nacional Autónoma de México de 2010 a 2012 y en el Colegio de México de 2012 a 2014. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Investigadores y pertenece al Sistema Nacional de Creadores. Ganadora del XV Premio Internacional de Narrativa Siglo XXI en 2018 y del Premio Nacional de Cuento Beatriz Espejo, 2012. Autora de la novela *Chernóbil* (Siglo XXI editores, 2018), de los libros de ensayo, *Itinerarios de exilio. La obra narrativa de Luisa Carnés* (Renacimiento, 2014) y *Narrativas Periféricas. Historia e historiografía del exilio español* (Peter Lang, 2019) y del libro infantil *Salir del bosque* (UAS, 2024).















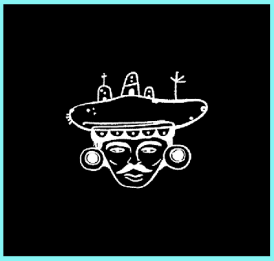






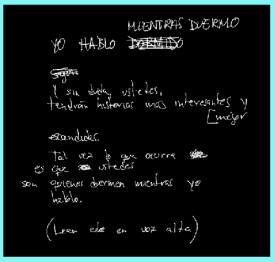










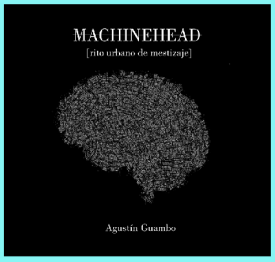


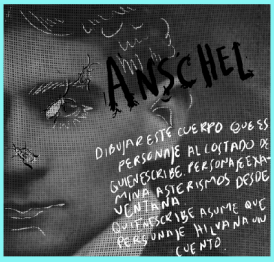




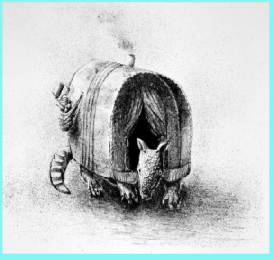












Descarga los libros de la colección
En Marte aparece tu cabeza
en **grafografxs.uaemex.mx**

Aulicino • Albarrán • Conde • Ocaranza • Rappozo • Florencia
Estaregui • Ríos • Gandolfi • Martínez • Marín • González • Malpikka
Venegas • Rodríguez • Esquivel • Olmedo



Universidad Autónoma
del Estado de México